

RELACIÓN DE LA COMISIÓN MIXTA
IGLESIA CATÓLICA ROMANA-CONSEJO METODISTA MUNDIAL
(1997-2001)*

DECIR LA VERDAD EN EL AMOR:
LA AUTORIDAD DE ENSEÑANZA
EN LOS CATÓLICOS Y LOS MÉTODISTAS

SEPTIMA SERIE

Prefacio

En el curso de los últimos cinco años la Comisión Mixta de la Iglesia Católica Romana y el Consejo Metodista Mundial ha estudiado el ejercicio del magisterio de enseñanza en la Iglesia y por la Iglesia. Ha proseguido así el acuerdo registrado en sus declaraciones precedentes, *La Palabra de vida* (1996) y, anteriormente, *La Tradición apostólica* (1991). Los temas del Espíritu Santo y de la Iglesia, estudiados en las fases precedentes de este diálogo, conducen ahora a la cuestión más precisa de saber cómo la fe que viene de los apóstoles es transmi-

* Texto original inglés. Traducción de la Dra. Rosa M^a Herrera García. Revisión del texto y de los contenidos teológicos del Dr. Fernando Rodríguez Garrapucho (UPSA).

tida de generación en generación de tal manera que todos los fieles siguen adhiriéndose a la revelación que vino en Jesucristo. El ministerio de enseñanza en la Iglesia es un medio particular de esta transmisión, un medio de asegurar la fidelidad no sólo en la fe sino también en las fórmulas de fe. Esta declaración aporta una pieza más a un mosaico que se ha elaborado lentamente, y que muestra la articulación de los diversos elementos que, por el poder del Espíritu Santo, contribuyen a la vida de la Iglesia en cuanto portadora fiel de la revelación de Jesucristo a las generaciones sucesivas.

No es inútil decir una palabra acerca de la estructura general de esta relación, que se aparta un poco del modelo habitual en los diálogos bilaterales. La introducción indica la dinámica bíblica que ha estimulado el trabajo de la Comisión a lo largo de estos cinco años. El conjunto del documento se compone de dos partes que no son de la misma naturaleza. La primera expone de forma sistemática aquello sobre lo que la Comisión considera posible un acuerdo entre católicos y metodistas en materia de enseñanza normativa, señalando de paso las divergencias que subsisten y algunas cuestiones que a cada parte le gustaría plantear a la otra. La última parte describe las interpretaciones y las prácticas actuales respectivas del metodismo y del catolicismo, pero en un estilo que se pretende más fácilmente inteligible para el interlocutor y para los demás. Idealmente el lector que conoce la relación sin saber gran cosa de uno de los interlocutores o ni siquiera de ninguno de los dos leerá primero esta segunda parte descriptiva de la relación para volver después aquí con el fin de ver qué progresos y qué desafíos representa la primera parte sistemática. La conclusión general de la relación hace la síntesis de las observaciones relativas a los datos comunes al catolicismo y al metodismo, y formula las diferencias que persisten en términos de trabajo todavía por hacer.

La Comisión mixta ha conocido a la vez cambios en su composición y continuidad, sin dejar de gozar de excelentes relaciones de trabajo y, una vez más, del clima de confianza mutua que nace de la devoción al Señor común y al mismo fin, es decir, la búsqueda de la «comunidad plena en la fe, la misión y la vida sacramental» entre nuestras Iglesias. Hemos reflexionado juntos, escrito juntos, orado juntos, y asistido respetuosamente los unos a las celebraciones eucarísticas de los otros.

Este documento es obra de una Comisión mixta cuyos miembros son oficialmente mandados por el Consejo Pontificio para la Promoción de la Unidad de los cristianos y por el Consejo Metodista mundial. Presentamos respetuosamente esta relación a nuestros mandatarios y les rogamos que hagan la evaluación pertinente.

MICHAEL PUTNEY
Obispo de Townsville (Australia)
Copresidente católico

GEOFFREY WAINWRIGHT
Profesor de teología cristiana. Universidad de Duke
Copresidente metodista

Efesios 4,1-16

«Os exhorto, pues, yo, prisionero por el Señor, a que viváis de una manera digna de la vocación con que habéis sido llamados, con toda humildad, mansedumbre y paciencia, soportándoos unos a otros por amor, poniendo empeño en conservar la unidad del Espíritu con el vínculo de la paz. Un solo Cuerpo y un solo Espíritu, como una es la esperanza a que habéis sido llamados. Un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo, un solo Dios y Padre de todos, que está sobre todos, actúa por todos y está en todos. A cada uno de nosotros le ha sido concedida la gracia a la medida de los dones de Cristo. Por eso dice: subiendo a la altura, llevó cautivos y repartió dones a los hombres. ¿Qué quiere decir "subió" sino que también bajó a las regiones inferiores de la tierra? Este que bajó es el mismo que subió por encima de todos los cielos, para llenar el universo. El mismo dispuso que unos fueran apóstoles; otros, profetas; otros, evangelizadores; otros, pastores y maestros, para la adecuada organización de los santos en las funciones del ministerio, para edificación del Cuerpo de Cristo, hasta que lleguemos todos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, al estado de hombre perfecto, a la plena madurez de Cristo. Para que no seamos ya niños, llevados a la deriva y zarandeados por cualquier viento de doctrina, a merced de la malicia humana y de la astucia que conduce al error, antes bien, con la sinceridad en el amor, crezcamos en todo hasta Aquel que es la Cabeza, Cristo, de quien todo el Cuerpo recibe trabazón y cohesión por la colaboración de los ligamentos según la actividad propia de cada miembro, para el crecimiento del cuerpo y la edificación en el amor».

INTRODUCCIÓN

1. La Epístola a los Efesios celebra el cumplimiento del designio de la gracia divina de reunir un día a todas las cosas bajo la soberanía de Jesucristo, para alabanza y gloria de Dios Padre. La palabra de verdad, que es el Evangelio de la salvación, es ahora predicada y los que la reciben en la fe son incorporados a Cristo y obtienen ya morar con él en los cielos. Mientras se espera la consomación el Apostol considera necesario exhortar a los creyentes a mantener firmemente lo que les ha sido dado por el Espíritu Santo en anticipación del fin. Lo que el Apóstol recomendó a los cristianos de Efeso amenazados por la desunión puede aplicarse a generaciones posteriores deseosas de remediar las divisiones que, de hecho, se han producido desgraciadamente. Con esta esperanza, la Comisión mixta se ha vuelto en particular hacia el capítulo cuarto de la Epístola a los Efesios, procurando guiarse en la Escritura en su esfuerzo por resolver las diferencias entre metodistas y católicos sobre la cuestión de la autoridad de enseñanza en la Iglesia.

2. Según Efesios 4, 4-6, la unidad de la comunidad cristiana se funda sobre la septuple unidad reconocida en la Iglesia y de la que depende para su existencia. La Iglesia en cuanto cuerpo de Cristo, es una unidad en la diversidad, vivificada por un solo Espíritu, respondiendo a una única esperanza y sometida a un solo Señor y Jefe, Jesucristo por la fe que se ha celebrado en el único rito del bautismo para gloria del único Dios y Padre de todos. Los temas principales de la doctrina cristiana aparecen por ello como propiedades de un organismo vivo de creencias. Así, el capítulo de apertura de la relación de la Comisión articula la fe cristológica y trinitaria fundamental que los católicos y los metodistas tienen en común, que está fundada en las Escrituras, confesada juntos en los credos ecuménicos, encarnada en las liturgias respectivas de las Iglesias y anunciada al mundo como el Evangelio de su salvación.

3. En el segundo capítulo de su actual relación, la Comisión trata especialmente del Espíritu Santo en cuanto agente de la unidad (Ef 4,3), subrayando así la dimensión pneumatológica que ha marcado su trabajo a partir de la relación de 1981. La Iglesia es vista actualmente como la comuni-

dad profética de Dios, provista de la unción del Espíritu de Verdad. Por el sello del Espíritu Santo es guardada en una sola y misma verdad, de tal manera que todos los cristianos pueden activamente responder a la vocación de dar testimonio del Evangelio que trae la esperanza de salvación a la humanidad.

4. La vocación común de los cristianos no excluye de ningún modo en la Iglesia una diversidad de dones y de funciones compatibles entre ellas. Efesios 4, 7-11 enumera una variedad de carismas concedidos a la Iglesia por Cristo elevado al cielo para la institución de ministerios particulares, destinados a edificar el Cuerpo y a equipar a todo el Pueblo de Dios para su misión en el mundo. La lista de la Epístola comprende principalmente funciones en relación con la proclamación y la enseñanza de la Palabra. Igualmente, la relación de la Comisión tiene a continuación un capítulo en el que metodistas y católicos intentan desarrollar una interpretación común de las cuestiones históricamente controvertidas, que afectan a los modos y maneras mediante las cuales en circunstancias siempre cambiantes, se llega a un discernimiento exacto de la verdad del Evangelio, y se cumple su proclamación con autoridad.

5. Efesios 4,12-14 dice que el fin de las funciones de enseñanza es promover esta «unidad en la fe y en el conocimiento del Hijo de Dios» que es la indicación de la madurez en la vida de los creyentes. Tal madurez es revelada por la certeza y la estabilidad en materia de fe y por la capacidad de distinguir entre enseñanzas justas y erróneas. El acuerdo sobre la verdad del Evangelio es un componente fundamental del objetivo del diálogo entre católicos y metodistas «plena comunión de fe, de misión y de vida sacramental»¹.

6. «Decir la verdad en el amor» (Efesios 4, 15) es el título de la relación de la Comisión: expresa a la vez el espíritu en el que el diálogo se ha desarrollado y el resultado que se espera de él. El Apóstol exhorta a los creyentes a deshacerse de toda amargura, irritación, cólera, gritos, injurias, calumnia,

¹ Comisión mixta para el diálogo entre la Iglesia católica y el Consejo metodista mundial, *Hacia una declaración común de la Iglesia. «Relación de Naivobi»* (1982-1986), en GM 2/ nn. 739-819, 247.

de toda especie de maldad (4, 31) y a cultivar por el contrario las virtudes de la humildad, la dulzura, la paciencia (4, 29). Por el hecho de que Cristo encarna el amor y la verdad de Dios, el amor es parte integrante de la verdad y la verdad parte integrante del amor. Prosiguiendo asiduamente al unísono se podrá reforzar la credibilidad y el testimonio cristiano común que damos del designio del amor de Dios, amor que en la Palabra y en el Espíritu se ha dado y sigue dándose a sí mismo a la humanidad. Tal es la verdad del Evangelio.

PRIMERA PARTE

I. LA IGLESIA COMO COMUNIÓN EN EL AMOR Y LA VERDAD

Objeto y fuente de la enseñanza

7. «Tanto amó Dios al mundo que envió a su Hijo y al Espíritu Santo para atraernos a la comunión con él. Esta participación en la vida de Dios que ha resultado de la misión del Hijo y del Espíritu Santo ha encontrado expresión en una *koinonía* (comunión, comunidad) visible de los discípulos de Cristo, la Iglesia»². Esta descripción indica a la vez el contenido central o el objeto de la enseñanza de la Iglesia y la fuente última de la autoridad de enseñar. Puesto que el objeto central de la enseñanza es Dios revelado en Jesucristo, que es también la fuente última de la autoridad, la doctrina cristiana es inseparablemente cristológica y trinitaria. Católicos y metodistas están en condiciones de hacer las siguientes declaraciones comunes, teniendo en cuenta los matices indicados.

Cristología

8. Dada la forma en que, según las Escrituras, Dios ha entrado en la historia humana, la doctrina de la Iglesia se ha centrado en Cristo. Se desprende de la identificación de

² *Hacia una declaración común de la Iglesia*, 1.

Jesús de Nazaret con el Salvador esperado por Israel, el Pueblo de Dios cuya historia se cuenta en la Biblia. La vida, el ministerio, la muerte y la resurrección de Jesús, y la proclamación del señorío de Cristo Resucitado eran el tema central de la enseñanza para la primera generación de creyentes cristianos, como se ve en el Nuevo Testamento. Así debe permanecer para todas las generaciones siguientes en la Iglesia. Cada vez que hablamos de Jesucristo en nuestra enseñanza, seguimos los concilios patristicos identificándolo como la segunda Persona de la Trinidad que se encarnó.

Trinidad

9. En una perspectiva que apunta a la realidad última más allá y en el interior de todo lo que es visible, el corazón de la doctrina cristiana es que la divinidad es tres Personas que son distintas una de la otra, pero de tal manera que el Ser divino se halla perfectamente presente en cada una de ellas. El Dios solo y único que fue proclamado y manifestado en el Antiguo Testamento se ha revelado en el Nuevo como el Padre de Nuestro Señor Jesucristo; Jesucristo es conocido como el Hijo eterno del Padre, su Verbo creador que se hizo carne; y su Espíritu eterno es manifestado como el que ha hablado por medio de los profetas, inspirado las Escrituras, y es sentido como presencia divina que actúa en la vida humana y en todo el universo.

Las Obras de Dios

10. Aunque considera que todos los actos de Dios comprometen por entero a las tres Personas de la Trinidad, la reflexión cristiana guiada por las Escrituras ha vinculado las obras de Dios a Personas divinas específicas. El acto de la creación es atribuido al Padre, la redención de la raza de Adán a Cristo, nuevo Adán, la guía de la Iglesia y la santificación de los creyentes al Espíritu Santo. Se enseña a los fieles a leer no sólo «el libro de la Escritura», como conjunto inspirado de la revelación divina, sino también a su luz, a leer «el libro de la naturaleza» que muestra las huellas del poder creador y presenta imágenes y analogías de las Personas divinas, y el «libro

del alma», la imagen más elevada creada de Dios sobre la tierra (*imago Dei*) que fue destruida por el pecado pero restaurada en Cristo. De este modo los cristianos son llevados a contemplar la divinidad como el agente último y la providencia amorosa y compasiva que sostiene todo en el ser, y buscan la voluntad de Dios para su vida.

Los Símbolos de fe

11. La Iglesia cristiana confiesa el Símbolo de los Apóstoles y el de Nicea-Constantinopla, que son cristológicos y trinitarios. Nombran al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, y sitúan la vida, muerte y resurrección del Verbo encarnado en el centro de los artículos de la fe. Los Símbolos de fe dan cuerpo a la enseñanza bíblica sobre Dios y Cristo. Su confesión es incorporada a las liturgias de la Iglesia, especialmente el Símbolo de los Apóstoles en el rito bautismal de la iniciación cristiana, y el Credo de Nicea en el culto de la asamblea. Los Símbolos funcionan también como regla de fe (*regula fidei*) normativa para la enseñanza conciliar y toda enseñanza oficial.

Las notas de la Iglesia

12. El Credo de Nicea-Constantinopla llama a la Iglesia una, santa, católica y apostólica. La Iglesia que Jesús ha fundado es la comunión (*koinonia*) de todos los creyentes reunida en Cristo. Sabe que ella es el pueblo de Dios rescatado, el Israel renovado. Es, pues, una y santa. En tanto que comunión universal de los fieles, «desde Abel el justo, hasta el último de los elegidos», la Iglesia es católica, destinada a abarcar a toda la humanidad rescatada. Porque precisamente por medio de los Apóstoles de Jesús los doce, —san Pablo y los otros misioneros— los paganos fueron injertados en el tronco de Israel (cf. Rm 11) por la predicación de la Palabra, la Iglesia es apostólica.

La Iglesia como comunión

13. La Iglesia es designada en la sagrada Escritura mediante numerosas imágenes y metáforas que aclaran su

realidad como comunión³. Muchas razones explican el favor concedido a la imagen bíblica de la Iglesia como Cuerpo de Cristo. Fue subrayada por san Pablo (cf. 1 Co 10, 14-17; 12, 12-30; Rm 12, 4-6), y se vincula estrechamente al cuerpo eucarístico de Cristo y a la imagen de la Iglesia como esposa de Dios. En el corazón de la liturgia y de la piedad cristianas, la Eucaristía como comunión con Cristo concretiza la doctrina de la Iglesia como comunión. La Imagen de la Iglesia como esposa de Dios renueva la perspectiva de Israel como esposa divina y anticipa el cumplimiento escatológico de la Iglesia.

14. Que la Iglesia sea una comunión se arraiga incontestablemente en el designio de Dios Trinidad, en quien la unidad y la pluralidad de tres se implican recíprocamente de modo inseparable. Este carácter de la Iglesia está fundado en la creación misma puesto que la raza humana, por voluntad del Creador, es a la vez una y diversa. En cuanto comunión, la Iglesia vincula a todos los creyentes con Dios y a unos con los otros sobre el modelo y por la gracia de las tres Personas que son un solo Ser eterno. La comunión de los fieles en el tiempo y el espacio existe en la Palabra de Dios y está unida por el vínculo del Espíritu. Es una comunión en las realidades santas que son los sacramentos de la gracia, y en primer lugar en el bautismo y la eucaristía.

15. Las imágenes bíblicas de la Iglesia convergen en un punto: la Iglesia procede de la auto-comunicación de Dios, quien, en la encarnación, viene a participar en la vida de la humanidad y le da parte en su propia vida una y trina. Se

³ La Constitución dogmática sobre la Iglesia del Concilio Vaticano II, *Lumen Gentium*, 6, describe la Iglesia como el redil, el campo cultivado, la casa y familia de Dios, el templo del espíritu, la ciudad santa, la nueva Jerusalén, y la esposa de Dios. En *Lumen Gentium*, 7, se subraya especialmente que la Iglesia es el Cuerpo de Cristo. En una perspectiva trinitaria, la declaración de la Conferencia metodista británica *Llamada al amor y a la alabanza*, habla de la Iglesia como «el nuevo Pueblo de Dios, el cuerpo de Cristo, una comunión en el Espíritu Santo, un sacramento o signo de la presencia continuada de Cristo en el mundo» (2.1.1). Numerosos cristianos, reflejando a la Iglesia como esposa de Dios que alimenta a los fieles la ven como su madre. Como decía John Wesley, «en un cierto sentido, la Iglesia es la madre de todos los que en ella hemos sido criados» (Razones contra la separación de la Iglesia de Inglaterra», *The Works of John Wesley*, Jackson Edition, 13, 230).

comprende por ello como el dominio del Espíritu, conforme a la fórmula de los primeros símbolos bautismales: «creo... en el Espíritu santo, la santa Iglesia...» La presencia interna y el testimonio del Espíritu en el corazón de los cristianos permanecen invisibles, pero toda la vida de la comunidad se sitúa públicamente bajo la Palabra de Dios que es su guía y su juez: y está destinada a dar gloria a Dios Padre.

Primacía de la Palabra

16. La Palabra tiene la primacía en la Iglesia. El Logos eterno, por la encarnación, ha aportado a la humanidad la revelación final de Dios y se ha convertido en el Redentor del mundo y el Señor de la Iglesia. El Verbo eterno hecho carne es la norma última de toda la vida y la doctrina de la Iglesia, orientando todo lo que se hace y enseña en la Iglesia hacia la alabanza y adoración de Dios Padre, por la gracia y el poder del Espíritu Santo. El último día, los que viven en Cristo serán elevados a su Reino, que «no tendrá fin».

Escritura

17. La Palabra está presente en la proclamación del Evangelio y en su iniciación, en la educación y en la formación de los creyentes. En la proclamación y la instrucción, la Palabra escrita en las Escrituras prima todas las formulaciones ulteriores de la revelación divina. Proporciona una norma permanente de la creencia, tanto más necesaria cuanto que la predicación misionera del Evangelio en nuevas naciones y tiempos nuevos requiere que el mensaje sea comunicado de modo renovado en las diversas culturas del mundo. Es el punto de referencia para las decisiones normativas que se deben tomar cuando debates e interpretaciones divergentes de la doctrina amenazan la formulación justa y la transmisión correcta del Evangelio.

Tradición

18. La Palabra es presentada en la Tradición como comunicación del Evangelio a nuevas generaciones de creyentes. La Tradición es la «historia de este entorno permanente de gracia en el que y por el que viven todos los cristianos», encuentra su «expresión central» en la Escritura⁴, y será siempre fiel al mensaje bíblico. Puesto que preservan la proclamación de la buena nueva de la salvación por los profetas y los Apóstoles, las Escrituras son al mismo tiempo el modelo y el corazón de la Tradición. En esta Tradición, por la que la Palabra es transmitida de edad en edad, la Palabra es leída, proclamada, explicada y celebrada. La Tradición adquiere un valor normativo cuando se reconoce su fidelidad a la norma bíblica y al Verbo eterno. «La Escritura se ha producido en el seno de la Tradición, sin embargo, la Escritura es normativa para la Tradición. La una solo es inteligible en los términos de la otra»⁵. Que haya armonía entre la Escritura, la Tradición y la vida cristiana de fe y de culto forma parte de la comprensión de sí de la Iglesia y esto es inherente a la manera en que la Iglesia, en el Espíritu Santo, se transmite de generación en generación. Existe una convergencia creciente entre metodistas y católicos sobre lo que el papa Juan Pablo II ha llamado «la relación entre la sagrada Escritura, en cuanto autoridad suprema en materia de fe, y la santa Tradición, como indispensable para la interpretación de la Palabra de Dios»⁶.

Guardada en la Verdad

19. En la historia de la Iglesia se hace urgente elegir entre las tradiciones divergentes y las interpretaciones opuestas del Evangelio. Un ministerio al servicio de tal elección existía en tiempos apostólicos (cf. Hech 15); y adquirió una forma particular en los primeros siglos, cuando a escala local la solicitud pastoral fue confiada a un colegio de presbí-

⁴ *The Book of Discipline of the United Methodist Church*, United Methodist Publishing House, Nashville (1996), 77.

⁵ Comisión Mixta, *La Tradición Apostólica* (1991), 21. Cf. GM 2/n. 844, 267.

⁶ *Ut unum sint*, 79.

teros bajo la presidencia de un obispo, formando los obispos ellos mismos un colegio en el plano universal, que presidía la Sede romana «en la caridad» (*en agapé*)⁷. En la Iglesia católica, los obispos siguen ejerciendo este ministerio a la cabeza de una Iglesia particular (diócesis) que administran y conducen en la fe, el culto y el testimonio. Cuando reunidos en concilio, y cuando en sus Iglesias locales se constata que enseñan las mismas doctrinas, ejercen una responsabilidad magisterial en nombre de la Iglesia universal. En las circunstancias históricas que les correspondió vivir, John Wesley y los metodistas eran conscientes de una responsabilidad similar cuando constituyeron un modelo según el cual la dirección de la enseñanza es ejercida por la Conferencia y por los superintendentes que actúan en su nombre.

20. La verdad del Evangelio y las doctrinas que la expresan no pueden preservarse fielmente sin la asistencia del Espíritu. Los católicos y los metodistas han deseado ardientemente invocar al Espíritu y confían en su gracia infalible. En la Iglesia católica, esta preocupación por la verdad y la fidelidad tiene su punto de convergencia en un «carisma de verdad y de fe indefectibles» dado a los obispos para el bien de la Iglesia universal⁸. Este don toma diversas formas como cuando la enseñanza ordinaria de todos los obispos es reconocida como unánime o cuando sucede, en ciertas ocasiones, con todo escasas, que una doctrina sea proclamada «infaliblemente» por un concilio o por el obispo de Roma en las condiciones definidas por el primer Concilio Vaticano para las definiciones *ex cathedra*. En virtud de este «carisma de verdad y de fe indefectibles», el Evangelio es proclamado sin alteración a pesar de los pecados y de las insuficiencias de los miembros y los dirigentes de la Iglesia. Se ha dado un testimonio vivo de esta fe a lo largo de los siglos por santos y sabios, pero también por creyentes ordinarios, algunos de los cuales son honrados como «doctores de la Iglesia».

21. En su preocupación por la verdad del Evangelio los metodistas han encontrado seguridad en la guía del Espíritu

⁷ Ignacio de Antioquía, *Carta a los Romanos*, Introducción 10.

⁸ Cf. Vaticano I, Constitución dogmática sobre la Iglesia, *Pastor aeternus*, capítulo IV (DS 3071); Vaticano II, Constitución dogmática sobre la Revelación divina, *Dei Verbum* 8.

manifestado en hombres de Dios tales como el propio John Wesley, en los acontecimientos providenciales tales como la Reforma, y en asambleas como los primeros Concilios y las Conferencias metodistas. Ejerciendo su función de enseñanza, estas Conferencias formulan declaraciones doctrinales que responden a las necesidades, pero sin atribuirles el estar absolutamente garantizadas contra todo error. Los metodistas se conciben ellos mismos como sometidos a la obligación de aceptar con autoridad lo que se puede claramente mostrar que está de acuerdo con las Escrituras.

Enseñar la Verdad

22. Metodistas y católicos aceptan las Escrituras, los Símbolos y los decretos doctrinales de los primeros Concilios ecuménicos. En la Iglesia católica, han tenido lugar otros desarrollos doctrinales gracias a otros decretos y constituciones conciliares, y por declaraciones hechas por sínodos de obispos y por el obispo de Roma y los servicios que le asisten en su solicitud por todas las Iglesias. En el metodismo se cree que las Sagradas Escrituras contienen todo lo que es necesario para la salvación. Al mismo tiempo la lectura metodista de la Escritura se guía por los Símbolos y los Concilios antiguos así como por ciertos textos de referencia, tales como los *Sermones* de John Wesley, sus *Notas sobre el Nuevo Testamento* y los *Artículos de Religión*. Las Conferencias están encargadas de interpretar la doctrina. Los metodistas y los católicos afirman que toda doctrina debe permanecer sometida a la Palabra de Dios, en relación con la cual debe verificarse el valor de su contenido.

23. «Puesto que el corazón del Evangelio y centro de la fe es el amor de Dios revelado en la redención, todas nuestras formulaciones de la fe deben derivar de la fe en Cristo, que es nuestra salvación y el fundamento de nuestra fe»⁹. Para los católicos y los metodistas, las doctrinas de fe se ordenan en función de su relación con este centro. El Decreto sobre el ecumenismo del Concilio Vaticano II habla de una «jerarquía

⁹ Comisión Mixta, *La Tradición apostólica*, 36.

de verdades»¹⁰, y John Wesley habla de una «analogía de la fe» o de un «gran esquema de doctrina»¹¹. Los metodistas y los católicos distinguen también entre doctrinas y opiniones teológicas, pero a veces hay divergencias sobre la categoría en la que situar una u otra enseñanza.

24. Un momento esencial en el proceso de la Tradición es el de la recepción de la doctrina por el Pueblo de Dios. Como ha dicho nuestra Comisión mixta, «un criterio que permite juzgar que un nuevo desarrollo en la enseñanza cristiana es conforme al Evangelio es su recepción duradera por el conjunto de la Iglesia»¹². En la enseñanza católica, el acuerdo de los fieles no es una condición de la verdad, pero no puede dejar de darse el asentimiento de la Iglesia¹³, no sólo al Evangelio predicado y explicado cotidianamente sino también a las definiciones doctrinales destinadas a asegurar su integridad. Se desarrolla una confianza mutua y un reconocimiento común de que el Espíritu Santo actúa a todos los niveles de la comunidad. No obstante, el «carisma de la fe y de la verdad indefectibles» no garantiza la perfección del lenguaje. En la práctica metodista las Conferencias tienen la última palabra en la interpretación de la doctrina, en el marco de sus normas doctrinales. Los metodistas no dudan de que la enseñanza de su Conferencia firmemente arraigada en las fuentes doctrinales normativas será aceptada. La precisión y la reforma de la enseñanza forman parte de un proceso continuo a través de las Conferencias. Cuando la Iglesia ve que la enseñanza de una sesión de la Conferencia necesitaría una mejor formulación, volverá a la sesión siguiente de la Conferencia a hacer lo necesario. Por una y otra parte admitimos que la Iglesia tiene permanentemente necesidad de renovación en su enseñanza y su vida.

¹⁰ Concilio Vaticano II, Decreto sobre el ecumenismo, *Unitatis redintegratio*, 11.

¹¹ John Wesley, *Notas sobre el Nuevo Testamento*, Rm 12, 6.

¹² *The World of Life* (La Palabra de Vida) (1996), 59. Cf. la versión en español en: Diálogo Ecuménico XXXII, 317-364; 340.

¹³ Cf. *Lumen Gentium*, 25.

Teología

25. La adhesión al Evangelio es enteramente obra de la gracia divina, y la fe que nace compromete por entero a las personas que creen. Se convierte entonces en el punto de partida de la reflexión sobre el Evangelio, cuando diversas culturas se apropian de ella. Dado que la recepción de la doctrina tiene lugar en las culturas de los creyentes, origina una variedad de orientaciones que conducen eventualmente a sistemas teológicos diversos. El ministerio de los teólogos debe buscar las respuestas apropiadas a las cuestiones implícitas o explícitas relativas a la fe cristiana, articular la fe y la cultura de manera intelectualmente coherente, explorar las profundidades de la doctrina, organizar los conocimientos de los santos en síntesis satisfactorias, educar a los miembros de la Iglesia en vistas a la contemplación de los misterios divinos y asistir a los responsables de la Iglesia, tanto en el plano local como en sus asambleas conciliares, a formular y a predicar el Evangelio en fidelidad a la Palabra de Dios escrita y transmitida. Los teólogos y los dirigentes de la Iglesia están también llamados a servir juntos la unidad de la fe cristiana y a promover una diversidad legítima en la teología, la liturgia y el derecho, diversidad que ilustra la vida y la práctica de comunidades específicas y que enriquece la catolicidad de la Iglesia.

La regla de la oración

26. La fe de la koinonía cristiana se expresa en su culto. Como dice el himno de Wesley, la Cena del Señor es una ocasión privilegiada de la Iglesia para realizarse como Cuerpo de Cristo:

Jesús, obedecemos
A tu última palabra, tu amor.
De la manera que tú has prescrito
Venimos aquí a tu encuentro, Señor¹⁴.

¹⁴ *Himnos y Salmos*, n. 614.

Aquí, la correlación entre el cuerpo sacramental y el cuerpo eclesial aparece a la vez necesaria e insoluble. En la asamblea litúrgica, el Evangelio es predicado, se celebran los sacramentos, los fieles se unen en la oración, se comparten las bendiciones, se intercambian los dones espirituales, se comunican las inspiraciones, se suavizan las penas y los sufrimientos con la compasión, se ponen las esperanzas en común. Al salir del culto para ir al mundo, los fieles son uno, no sólo en la fe y la creencia sino también en el amor; la regla de la oración, la fe que han cantado, permanece con ellos como su regla de creencia y de vida; se establecen relaciones privilegiadas, mediante el ánimo y la emulación mutuos, en espiritualidades y formas distintas de ser cristiano, en sociedades religiosas que siguen una regla común y se entregan a un proyecto común de oración y de obras de caridad y en muchas formas de testimonio (apostolado, evangelismo) para las necesidades de la sociedad contemporánea.

La Iglesia como misión

27. Como en el momento de la Ascensión, la Iglesia sigue siendo enviada hoy por el Salvador para «hacer discípulos de todas las naciones» (Mt 28, 19). Por el Verbo hecho carne, los Apóstoles y los demás discípulos recibieron de Dios la misión para la que el Espíritu Santo los equipó en Pentecostés. A partir de los Apóstoles, la misión ha sido transmitida a todo el cuerpo de la Iglesia; y el Espíritu, que actúa como «el alma de la Iglesia», ha sido recibido por los fieles, confirmando su bautismo, haciendo a Cristo presente, guiándolos al Padre. Al escuchar predicar el Evangelio, los cristianos se dan cuenta de que la misión no es la vocación exclusiva de algunos sino la de la comunidad entera y de sus miembros, laicos y ordenados, según sus dones y sus aptitudes. Todos deben vivir según el Evangelio en todo tiempo y lugar, en su casa y en sus lugares de trabajo y de ocio, de manera que se pueda ver realmente a toda la Iglesia cristiana como enviada por Dios a la humanidad. Jesús, en efecto, ha prometido que si los discípulos se aman los unos a los otros el mundo creerá que ellos son sus discípulos (cf. Jn 13, 35). Para llevar eficazmente el Evangelio a todas las criaturas, la Iglesia depende de la gracia divina. Además, es consciente de su propia contradicción

íntima cuando el cumplimiento de su misión está obstaculizado por el pecado, la falta de visión, los desacuerdos, el desánimo o el miedo. La gracia de Dios no deja de darse, pues el Espíritu Santo actúa constantemente, haciendo a la Iglesia y a los fieles capaces de cumplir su vocación recibida de Dios.

El imperativo ecuménico

28. El objetivo último de la misión es servir al proyecto divino de salvación para todos los hombres. Lo mismo que la Iglesia aspira a la unidad de sus miembros en el amor y ora por esto en la liturgia, también espera en la esperanza los dones espirituales que la llevarán a un mayor grado de santidad, una plenitud cada vez más evidente de catolicidad, y una fidelidad mayor en la apostolicidad. La búsqueda de la perfección en las notas de la Iglesia dadas por Dios implica un imperativo ecuménico. Todas las Iglesias cristianas están obligadas a orar y trabajar con vistas a una restauración eventual de la unidad orgánica. Desde John R. Mott visionarios metodistas han estado entre los primeros del movimiento ecuménico moderno; y las Iglesias metodistas han tomado a pecho el restablecimiento de la plena unidad visible de los cristianos. Asimismo el Concilio Vaticano II ha comprometido irrevocablemente a la Iglesia católica en la persecución de la misma meta, compromiso que el Papa Juan Pablo II ha renovado con pasión en su encíclica *Ut unum sint* (1995). Los católicos y los metodistas han comenzado también a conocer una «unión de afecto» en el camino de esta «unión externa entera»¹⁵ que apenas osaba esperar Wesley en su época.

II. LA COMUNIDAD PROFÉTICA DE DIOS, UNIDA POR EL ESPÍRITU DE VERDAD

29. Los metodistas y los católicos están unidos en la esperanza de que el Espíritu Santo conducirá a todos los creyentes a la verdad, reuniéndolos en una comunión con Cristo que

¹⁵ Wesley, «El Espíritu católico», 4 (The Works of J. Wesley, Bicentennial Edition 2, 82).

es personalmente «el camino, la verdad y la vida» (Jn 14,6). El Concilio Vaticano II subrayó de nuevo la enseñanza católica sobre el lugar del Espíritu Santo en el corazón de la vida, del culto y de la misión de la Iglesia de Cristo: «El Espíritu habita en la Iglesia y en los corazones de los creyentes como en un templo (cf. 1 Cor 3, 16; 6, 19), ora en ellos y da testimonio de que son hijos adoptivos (cf. Gal 4,6; Rom 8,15-16 y 26). Él conduce a la Iglesia a la verdad total (cf. Jn 16, 13), la une en la comunión y el servicio, la construye y la dirige con diversos dones jerárquicos y carismáticos y la adorna con sus frutos (cf. Ef 4, 11-12; 1 Cor 12, 4; Gal 5, 22). Con la fuerza del Evangelio, el Espíritu rejuvenece a la Iglesia, la renueva sin cesar y la lleva a la unión perfecta con su esposo»¹⁶. Los Wesley afirmaban la misma verdad:

Jefe de tu Iglesia, tú, cuyo Espíritu llena
y corre en toda alma fiel,
los une en amor místico, y los sella en uno,
y santifica el todo...
Derrama sobre todos el don prometido;
Responde al grito universal: «¡ven!»¹⁷.

El vínculo entre el Espíritu y la Iglesia ha sido siempre esencial para la vida de la Iglesia; en el siglo III, por ejemplo, se preguntaba en Roma a los que se bautizaba: «¿crees en el Espíritu Santo en la santa Iglesia?»¹⁸. Esto tiene implicaciones particulares para el discernimiento de la verdad en los discípulos de Jesús. Es la Iglesia entera la que está dotada del Espíritu de verdad, y es a la Iglesia entera a la que de diferentes maneras y con diferentes dones el Espíritu conduce a la verdad entera. El discernimiento de la verdad y de la voluntad de Dios implica a todo el Pueblo de Dios, laicos y ministros ordenados, bajo la guía del Espíritu Santo.

¹⁶ *Lumen Gentium*, 4.

¹⁷ *Himnos y Salmos*, n. 316.

¹⁸ Hipólito, *La tradición apostólica*, 21.

Ungida en la verdad

30. En el Antiguo Testamento, Dios habla por medio de profetas individuales, cada uno inspirado por su Espíritu. Por el profeta Joel, Dios promete el Día del Señor, en el que derramará su Espíritu sobre toda la humanidad:

«Después de esto
yo derramaré mi espíritu sobre todo mortal
y profetizarán vuestros hijos y vuestras hijas,
vuestros ancianos tendrán sueños,
vuestros jóvenes verán visiones.
Y hasta sobre mis siervos y siervas
derramaré mi espíritu en aquellos días» (Jl 3, 1-2).

31. Pedro comprende los acontecimientos extraordinarios del día de Pentecostés como el cumplimiento de la profecía de Joel (cf. Hech 2,14-21). La nueva comunidad de creyentes en Cristo resucitado, su Iglesia, es ungida por el Espíritu de verdad derramado, según la promesa de Jesús (cf. Jn 14,16 ss; 15,26; 16,13). Aunque todavía hay en la Iglesia individuos particulares que tienen dones especiales de profecía (cf. Hech 11,27; 15,32, y 21,10-11), toda la comunidad es profética, igual que toda la comunidad es regia y sacerdotal (cf. 1 Pe 2,9ss), porque la Iglesia es el Cuerpo de Cristo, tan íntimamente unido a él por el Espíritu que los creyentes pueden decirse ellos mismos «en Cristo». Jesús es el maestro que enseña al pueblo con autoridad (cf. Mc 1,22,27; Lc 10,25). El es el ungido, reconocido como el profeta largo tiempo esperado, enviado por Dios Padre tras una larga línea de profetas (cf. Mt 21,11; Lc 7,16; Jn 6,14,7,40). Por nuestra incorporación en Cristo por el agua y el Espíritu Santo, estamos unidos a Cristo, el «gran profeta», y participamos en su papel profético.

32. Nuestra Comisión ha afirmado ya este punto en sus documentos precedentes: «El Espíritu guía el desarrollo de la Iglesia. En nuestra época, en cuanto Paráclito, nos trae a la memoria todo lo que Jesús ha dicho, nos conduce en toda la verdad y nos hace capaces de dar testimonio de la salvación en Cristo»¹⁹. Mantener el Pueblo de Dios en la verdad es «la

¹⁹ *Hacia una declaración de acuerdo sobre el Espíritu Santo* (1981), 21. Para la versión en español cf. GM I, nn. 1.088-1.136, 474).

obra amorosa del Espíritu en la Iglesia»²⁰. El Espíritu es visto como el «hilo invisible que corre a través de toda la obra de la Iglesia en el mundo, haciendo a nuestros espíritus capaces de entender y de recibir la Palabra, dándoles la luz para comprender la Palabra, y dándonos lenguas para decir la Palabra»²¹. Porque los fieles son «en Cristo y con Cristo» «reciben el Espíritu y son en el Espíritu»²². Este espíritu aporta en la Iglesia «dones abundantes de percepción y de inteligencia»²³. Bajo la poderosa guía del amor de Dios «el discernimiento de la voluntad de Dios es asunto de todo el Pueblo de Dios»²⁴. A causa de esta presencia poderosa del Espíritu de verdad, «la comunidad que proclama se convierte ella misma en un Evangelio vivo que todos pueden oír»²⁵.

33. Otros aspectos de esta doctrina común han sido expresados en nuestros diálogos respectivos con la Comunión anglicana. El Espíritu Santo guarda a la Iglesia bajo el señorío de Cristo, que no abandona nunca a su pueblo a pesar de las debilidades de sus miembros que son demasiado evidentes. La misión de la Iglesia de proclamar y de conservar el Evangelio implica a todo el Pueblo de Dios, tanto los laicos como los ministros ordenados: «El Pueblo de Dios es como tal portador de la Tradición viva. En las situaciones cambiantes que plantean al Evangelio nuevos desafíos, el discernimiento, la actualización y la comunicación de la Palabra de Dios son responsabilidad de todo el Pueblo de Dios. El Espíritu Santo actúa por medio de todos los miembros de la comunidad, sirviéndose de los dones que hace a cada uno para el bien de todos»²⁶. Algunos, sin embargo, «pueden redescubrir o percibir más claramente que otros ciertos aspectos de la verdad de la salvación»²⁷. Tenemos, pues, necesidad de «crear las condiciones necesarias para promover un

²⁰ Ibid. 34.

²¹ *La Tradición apostólica* (1991), 52, cf. 31.

²² *La Tradición apostólica*, 27.

²³ *La Tradición apostólica*, 37.

²⁴ *La Palabra de vida* (1996), 63.

²⁵ *La Palabra de vida*, 75.

²⁶ ARCIC, *El don de la autoridad* (1998), 28.

²⁷ ARCIC, *La autoridad en la Iglesia* (1976), 18.

laicado y un clero preparados y comprometidos, los dos necesarios para la vida y la misión de una Iglesia fiel»²⁸.

34. Cada una de nuestras Iglesias afirma el papel de los fieles laicos como testigos esenciales del Evangelio: «Todos los cristianos están llamados a servir en todo lugar donde Cristo quiere que sirvan y den testimonio en palabras y actos que curan y liberan»²⁹. Cristo continúa ejerciendo su función profética no sólo por medio de los ministerios ordenados «sino también por medio de los laicos que convierte en sus testigos proveyéndolos del sentido de la fe y de la gracia de la palabra (cf. Hech 2, 17-18; Ap 19, 10), a fin de que brille en la vida cotidiana, familiar y social la fuerza del Evangelio»³⁰.

35. Emergen muchos puntos vitales. Es el Espíritu Santo el que da a todo el Pueblo de Dios el poder de obrar para el testimonio y la misión. El cuerpo entero de los creyentes, laicos y ordenados, está llamado a la tarea de la proclamación del Evangelio. Es la Iglesia entera la que permanece arraigada en una comunión de fe y de vida con los apóstoles mismos, fiel a su enseñanza y su misión.

Permanecer en la verdad

36. Porque los fieles de Cristo son incorporados a Él por el bautismo, participan en su función sacerdotal, profética y real, reunida como comunidad de fe, e individualmente cada uno a su manera. «Todos los fieles participan en la comprensión y la transmisión de la verdad revelada. Han recibido la unción del Espíritu Santo, que los instruye y los guía en la verdad entera»³¹. La «tarea teológica es individual y social» y «requiere la participación de todos... pues la misión de la Iglesia debe ser cumplida por todo el que está llamado a ser discípulo»³².

²⁸ Comisión internacional anglicano-metodista, *Compartiendo la comunión apostólica* (1996), 59.

²⁹ *El Libro de disciplina de la Iglesia metodista unida* (1996), 105.

³⁰ Concilio Vaticano II, Constitución dogmática sobre la Iglesia, *Lumen Gentium*, 35.

³¹ *Catecismo de la Iglesia católica*, 91.

³² *El Libro de disciplina de la Iglesia metodista unida* (1996), 63.

37. Que la Iglesia «permanezca en la verdad» es el fruto de la presencia poderosa y multiforme del Espíritu Santo en y entre los que creen en Jesucristo. El Espíritu de verdad despierta y sostiene en todo creyente un sentido, un instinto que viene de Dios. Este don es un aspecto del don de la fe. Dispone a los creyentes a reconocer la Palabra de Dios y responder a ella, a discernir la verdad del error en materia de fe y de costumbres, a profundizar en lo que creen y aplicar su fe a la vida cotidiana. El Espíritu, sin embargo, no garantiza a cada persona el ejercicio de su «sentido de la fe» (*sensus fidei*). Los individuos y los grupos se pueden desviar de la verdad y de la santidad: la Iglesia que peregrina es hoy, como ha sido siempre, una comunidad de santos y de pecadores. Todo «yo creo» personal debe participar plenamente en el «nosotros creemos» comunitario de la Iglesia de Cristo: «la fe es siempre personal pero nunca privada, pues la fe incorpora al individuo creyente a la comunidad de fe»³³. Es la fe común de todo el pueblo de Dios la que está protegida del error por la presencia permanente del Espíritu Santo. Los «fieles» son los que, idealmente, están llenos del don divino de la fe, una fe que es la de la Iglesia de Cristo, su cuerpo ungido por el Espíritu de verdad.

38. En su declaración sobre la autoridad, en 1978, lo que entonces era el Comité inglés católico-metodista afirmaba que los metodistas y los católicos «están de acuerdo en que Jesús ha prometido su presencia y su protección a la Iglesia hasta el fin de los tiempos; con este fin prometió la asistencia perpetua del Espíritu de verdad; los poderes del infierno no prevalecerán contra ella»³⁴. Los católicos y los metodistas enseñan que la autoridad absoluta pertenece sólo con propiedad a Dios que se ha revelado de manera suprema en el Verbo encarnado, Jesucristo. Afirmamos juntos que esta revelación nos es comunicada por testigos que, por la llamada y el don de Dios, participan de la autoridad divina. Su testimonio se encuentra ante todo en la predicación apostólica, en la Escritura y en los diversos órganos de la Iglesia histórica³⁵.

³³ *La Palabra de vida*, 113. Cf. ARCIC, *El don de la autoridad*, 11-13, 23, 29.

³⁴ *Declaración sobre la autoridad del Comité inglés católico-metodista*, (1978), 4.

³⁵ Cf. *Declaración sobre la autoridad*, 28.

Preservada en la verdad

39. Los metodistas y los católicos creen que el Espíritu preserva en la Iglesia de Cristo la revelación dada para nuestra salvación, aunque no estemos aún completamente de acuerdo sobre las doctrinas que deben ser consideradas como esenciales. Unos y otros reconocemos en las Escrituras nuestra norma primera y permanente, cuya interpretación auténtica procede de la voz viva de la Tradición. Juntos también afirmamos a la vez la fragilidad humana y la indefectibilidad, dada por Dios, de la Iglesia de Cristo. El tesoro del misterio de Cristo está contenido en las vasijas de barro de la existencia cotidiana de la Iglesia peregrina, que es una comunidad que necesita permanentemente purificación y reforma.

40. Los metodistas insisten en el hecho de que, pues los hombres en cuanto criaturas y pecadores son falibles, «los testigos humanos no pueden en principio estar nunca exentos de la posibilidad de error, y la autoridad del testimonio es en esta medida siempre susceptible de ser puesta en cuestión». No obstante, los metodistas confían en que «Dios guarda siempre testigos suficientemente fieles a él para que el conocimiento salutífero de sí mismo sea siempre accesible. Cuando buscan la verdad de Dios y su voluntad sobre ellos en situaciones particulares, los metodistas creen que son conducidos por el Espíritu Santo»³⁶.

41. Los católicos insisten en el hecho de que a fin de guardar a su Iglesia en la pureza de la fe apostólica, Cristo comparte su don personal de infalibilidad con su comunidad, de manera que ésta se adhiere sin flaquear a esta fe, y transmite infaliblemente de generación en generación lo que ha sido «transmitido desde los Apóstoles»³⁷. Es toda la comunidad de creyentes, unida con Cristo por el Espíritu la que recibe el carisma de la infalibilidad (protección del error). Cuando la comunidad está unida en la fe, «desde los obispos hasta el último de los cristianos», su fe no puede estar en el error³⁸. Los dos concilios Vaticanos han enseñado que cuando los obispos

³⁶ *Declaración sobre la autoridad del Comité inglés católico-metodista*, (1978), 28.

³⁷ Misal Romano, Canon romano.

³⁸ *Lumen Gentium* 12, citando a san Agustín.

con el papa a la cabeza, o el papa como sucesor de Pedro y jefe del colegio de los obispos, definen una doctrina de fe con autoridad, es el carisma mismo de infalibilidad de la Iglesia el que actúa en ellos de una manera especial³⁹. Toda protección de este tipo contra el error es totalmente don de Dios a su Iglesia, estando presente el Espíritu de verdad en el seno de la debilidad de los creyentes. Su meta es asegurar el servicio fiel de la Iglesia de proclamar la Buena nueva de Jesucristo al mundo entero.

42. Los católicos y los metodistas creen que Dios solo es la verdad absoluta. Todos los miembros de la Iglesia sobre la tierra son pecadores y criaturas falibles, y necesitan la misericordia de Dios. La Iglesia es totalmente dependiente de la presencia activa del Espíritu Santo en todos los aspectos de su vida y su enseñanza.

Cooperador en la verdad

43. Toda la comunidad de fe está marcada por el don del Espíritu Santo. Es el mismo Espíritu que despierta el sentido de la fe en cada creyente y que guía y guarda a los maestros encargados de la enseñanza oficial en la Iglesia. El discernimiento normativo de la verdad no puede dejar de tener en cuenta el sentido común de todos los fieles: esta participación es algo más rico que un simple sondeo de opinión o un referendun sobre cuestiones de fe. Los creyentes son todos juntos «cooperadores de la verdad» (3 Jn 8), corresponsables del discernimiento y de la proclamación de la verdad del Evangelio, siempre bajo el poder director del Espíritu de verdad. Discernir y proclamar con autoridad no puede ser nunca comprendido como debe al margen de la unción por el Espíritu de todos los bautizados, individualmente y juntos.

44. «Permanecer en la verdad» es un proceso dinámico animado por el Espíritu. Todo creyente tiene un papel que jugar, escuchando la Palabra de Dios hablada de modo nuevo a cada generación y reflexionando sobre ella. Las intuiciones providenciales de individuos y de grupos de cristianos pue-

³⁹ *Lumen Gentium* 25.

den enriquecer a la Iglesia peregrina mediante una penetración más profunda en la verdad del Evangelio: «Esta tradición apostólica va creciendo en la Iglesia con la ayuda del Espíritu Santo, es decir, crece la comprensión de las palabras e instituciones transmitidas cuando los fieles las contemplan y estudian repasándolas en su corazón (cf Lc 2, 19-51), y cuando comprenden internamente los misterios que viven, cuando las proclaman los obispos, sucesores de los Apóstoles en el carisma de la verdad»⁴⁰. En términos más poéticos,

Ven Espíritu Santo, inspira nuestros corazones,
Que experimentemos tu influencia;
Manantial del antiguo ardor profético,
Fuente de vida y de amor.

Conoceremos a Dios por sí mismo,
Si tu brillas en nosotros,
Y sondeas, con todos tus santos aquí abajo
Las profundidades del amor divino⁴¹.

45. A causa de la unción de toda la comunidad de fe por el Espíritu de verdad, todo cristiano participa en la función de Cristo como profeta y maestro, en total dependencia de Cristo, y necesitando escuchar su palabra de vida. No debería existir conflicto en el Pueblo profético de Dios entre el papel del laicado y el de los ministros ordenados, pues «hay en la Iglesia diversidad de ministerios pero unidad de misión»⁴². Los dones diversos conferidos por el Espíritu sirven para la edificación del Cuerpo de Cristo «hasta que lleguemos todos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios al estado de hombre perfecto, a la plena madurez de Cristo» (Ef 4, 13). Las perspectivas católicas y metodistas sobre este tema han sido expuestas en el último documento de nuestra Comisión, *La Palabra de vida*: «Wesley sabía que en el espíritu y el corazón de todo creyente cristiano profundamente

⁴⁰ Concilio Vaticano II, *Dei Verbum*, 8.

⁴¹ *Himnos y Salmos*, n. 469.

⁴² Concilio Vaticano II, *Apostolicam actuositatem*, 2.

convencido el Espíritu Santo actúa siempre, vinculando el ejercicio de los dones espirituales de cada uno al ejercicio de los dones complementarios en todos los demás miembros del Cuerpo de Cristo, la Iglesia» (§57). «En la perspectiva del Vaticano II, esta acción del Espíritu conlleva una interdependencia con la comunión entre el instinto espiritual del cuerpo entero de los fieles y los responsables encargados de plantear los actos normativos de discernimiento de lo que es o no es fiel a la tradición cristiana» (§58).

Llamados por la verdad

46. La interacción entre la comunidad conducida por el Espíritu y el individuo lleno del Espíritu comienza en el bautismo, cuando la comunidad reunida, haciendo presente al Cuerpo de Cristo, invoca al Espíritu Santo sobre el que va a ser bautizado:

Derrama tu Espíritu Santo
Que el que va a ser bautizado en esta agua
Muera al pecado,
Sea resucitado con Cristo,
Y nazca a la vida nueva en la familia de tu Iglesia⁴³.

Igualmente, cuando los católicos son confirmados y los metodistas recibidos como miembros con pleno derecho, la comunidad ora para que el candidato sea confirmado por el Espíritu Santo y pueda perseverar siempre en el servicio de Dios. Todos los fieles reciben así la unción del Espíritu Santo y son constantemente renovados por este Espíritu en la participación en la Eucaristía como «Cuerpo de Cristo y comunidad del Espíritu Santo»⁴⁴. El Espíritu Santo es invocado también de manera particular sobre aquellos en quienes se reconoce la llamada a la tarea del ministerio ordenado.

47. Todos los fieles son llamados y ungidos por el Espíritu para proclamar el Evangelio. Esta proclamación exige siem-

⁴³ Iglesia Metodista de Gran Bretaña, *El libro de culto metodista*, 79.

⁴⁴ *La Palabra de vida* (1998), 96.

pre una proclamación clara y sin equívocos de nuestra fe en que «Jesús es Señor». La fe de la Iglesia su «permanencia en la verdad», se expresa en palabras, pero es proclamada igualmente por el testimonio de los hechos (cf. 1 Pe 2, 12). Mediante el testimonio sin palabras, los cristianos pueden «suscitar cuestiones irresistibles en el corazón de los que ven cómo se aman»⁴⁵. Esta irradiación del testimonio es una proclamación silenciosa, poderosa y eficaz de la Buena Nueva, inspirada y hecha posible por el Espíritu de verdad. «Permanecer en la verdad» no incluye sólo «decir la verdad en el amor», sino también «hacer la verdad en el amor» (Ef 4, 15).

III. LOS MEDIOS DE GRACIA, LOS SERVIDORES DE CRISTO Y DE SU IGLESIA

48. Los metodistas y los católicos sostienen que la comunidad entera de creyentes es llamada junta por Dios nuestro Padre, colocada bajo el señorío del Cristo resucitado, unida a Cristo como su Cuerpo, y tiene al Espíritu Santo como fuente de su unidad de vida, de culto y de testimonio. En el designio del Padre para la Iglesia, cada uno de los creyentes debe participar en la misión del Hijo y del Espíritu Santo, aportando a toda la humanidad la efusión del amor de Dios que abarca todo y transforma todo. La Iglesia es al mismo tiempo una «comunidad de culto y de misión»⁴⁶. Es una comunidad de fe llamada a predicar y a proclamar al mundo el Evangelio de Jesucristo «la buena nueva de una gran alegría para todos los pueblos» (Lc 2, 10). Católicos y metodistas están firmemente unidos en la convicción apasionada de que el Evangelio es ofrecido a todos⁴⁷. La tarea de difundir el Evangelio se paraliza si los creyentes no son verdaderamente uno en el Evangelio de Cristo, unidos en el amor y la verdad. Nuestra conexión y comunión los unos con los otros sirve para nuestro crecimiento hacia la santidad y nuestra participación en la misión de Dios. El crecimiento en la unidad es la obra del Espíritu Santo que conduce a los creyentes en todo el amor y

⁴⁵ Pablo VI, *Evangelii nuntiandi* (1975), 21.

⁴⁶ Declaración de la Conferencia Metodista británica, *Llamados al amor y a la alabanza* (1999), 1.4.1.

⁴⁷ *Llamados al amor y a la alabanza*, 4.2.1.

en toda verdad. Como nuestra Comisión afirmaba en 1981, «mantener al Pueblo de Dios en la verdad, es la obra amorosa del Espíritu en la Iglesia»⁴⁸. Los metodistas y los católicos están de acuerdo en que Jesús ha prometido su presencia y su protección a la Iglesia hasta el fin de los tiempos. Sigue dotando a su Iglesia del Espíritu de verdad y de santidad. La fidelidad de Dios significa que los poderes del mal no prevalecerán jamás contra la Iglesia cuando ésta se dedica a su misión para la salvación del mundo (cf. Mt 16, 18).

Servidores y agentes de Dios

49. La Iglesia de Cristo es totalmente dependiente del don libre de la gracia de Dios para todos los aspectos de su vida y de su actividad. Sin Cristo no podemos hacer nada (cf. Jn 15,5). Los metodistas y los católicos están, no obstante, de acuerdo en que Dios actúa a través de los hombres en cuanto servidores, signos e instrumentos de su presencia y su acción. Aunque no se limite a estos modos de actuar, afirmamos gozosamente juntos que eligió libremente actuar sirviéndose de comunidades humanas y de individuos, aptos para esto por su gracia. La Iglesia entera está llamada a ser un canal de la gracia de Dios al mundo; en el seno de la Iglesia los individuos y las instituciones se convierten en agentes del Señor y así en servidores de sus hermanos y hermanas. Tales ministerios son un don de Dios a su Iglesia.

La unidad en la diversidad

50. Siempre ha habido una gran variedad de servicios en la Iglesia, ejercidos por laicos y ministros ordenados en estrecha cooperación. Los dones diversos en el Cuerpo de Cristo son complementarios y sirven juntos a la comunión y la conexión de la Iglesia en el amor y la verdad. Efesios 4, 11 da testimonio del ministerio de apóstoles, profetas, evangelistas, pastores y doctores. Romanos 12,7-8 habla del ministerio, de la enseñanza, de la exhortación y de la dirección como dones. 1

⁴⁸ Informe de la Comisión Mixta (1981), 34.

Cor 12 muestra que los dones del Espíritu Santo forman un conjunto y deben ser ejercidos en armonía. El Nuevo Testamento subraya de forma repetida que su meta es servir a todo el Cuerpo de Cristo, haciendo a la comunidad de creyentes capaz de cumplir la misión que le ha sido dada por Cristo en y para el mundo.

51. El ministerio de supervisión (*episcopé*) tiene una importancia clave entre estas formas de servicio. La dirección pastoral ha comportado siempre enseñar y predicar con autoridad, pues la unidad en el amor y la unidad en la verdad van juntas. Los metodistas y los católicos afirman juntos el lugar que ocupan en la comunidad de los creyentes los ministerios responsables de la comunión y conexión en el amor y la verdad, agentes autorizados del discernimiento y de la proclamación de la verdad del Evangelio. En la Iglesia antigua el ministerio de la dirección pastoral y doctrinal era ejercido principalmente por los obispos. En la comunión católica el colegio de los obispos unido al papa ejerce la dirección suprema. En los metodistas es la Conferencia la que ejerce la dirección con plena autoridad en la Iglesia para la formulación y la interpretación de la doctrina. En estas estructuras de servicio magisterial o junto a ellas, ha habido siempre personajes carismáticos cuyo ministerio personal ha sido vital para la vida de la Iglesia de Cristo. John Wesley fue ciertamente uno de estos personajes. Católicos y metodistas afirman juntos que Dios elige servirse de tales personas tanto como de estructuras visibles para tocar la vida de su Pueblo.

Medios de gracia

52. «El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros» (Jn 1, 14). El Hijo de Dios ha entrado en la historia humana como uno de nosotros, tomando sobre él la vida y el sufrimiento humanos. Sobre el modelo de la encarnación, Dios sigue haciendo visible al Invisible y llama a los hombres y mujeres a ser signos y canales de la presencia divina. Un punto vital de acuerdo entre los metodistas y los católicos es la necesidad de una participación libre y activa, por la gracia, en la obra de salvación de Dios. «Al llamar a los discípulos y darles el Espíritu Santo, Dios se ha comprometido a actuar con su pueblo (2 Cor 1, 5-7; 6,1). Los primeros cristianos sabían que habían

sido llamados a participar en la misión de Dios y a proclamar el reino de Dios como Jesús lo había hecho (Lc 10, 9.11; Jn 20, 20-23). La vocación de la Iglesia sigue siendo la misma»⁴⁹. Esto es cierto no sólo de la acción de Dios por la Iglesia para la salvación de toda la humanidad, sino también en el seno de la comunidad de la Iglesia. Dios elige actuar con, en y por diversos ministros y ministerios. Los creyentes se convierten en cooperadores de Dios (cf. 1 Cor 3, 9), trabajando con Dios y trabajando Dios con ellos (cf. 2 Cor 6, 1). En todo esto se apoyan en la primacía de la gracia de Dios, que puede sobre todas las debilidades y limitaciones humanas, y en la presencia invisible, activa y poderosa del Espíritu Santo que sopla donde quiere.

53. Los metodistas y los católicos están de acuerdo en que Dios se sirve de medios de gracia que son canales fiables. En este contexto la Comisión mixta ha reconocido la necesidad de explorar juntos más profundamente el significado de «sacramento». Su relación anterior *Hacia una Declaración común de la Iglesia*, comenzó a hacerlo, especialmente con referencia al bautismo y la eucaristía. Los sacramentos son «signos externos de la gracia interior, consisten en acciones y palabras mediante las cuales Dios se encuentra con su Pueblo»⁵⁰.

Estas acciones de la Iglesia que nosotros llamamos sacramentos son signos eficaces de la gracia, pues no son actos simplemente humanos. Por el poder del Espíritu Santo aportan a nuestras vidas la acción vivificante e incluso el don de sí del mismo Cristo. Es la acción de Cristo que se encarnó y se manifestó en las acciones de la Iglesia que con la respuesta de fe, vienen a ser un encuentro real con Jesús resucitado⁵¹.

Al final de *La Tradición apostólica*, reflexionando sobre el ministerio ordenado, la Comisión ha señalado igualmente la necesidad de «una reflexión común más profunda sobre la naturaleza del sacramento»⁵².

⁴⁹ Declaración de la Conferencia Metodista británica, *Llamados al amor y a la alabanza* (1999), 2.1.7.

⁵⁰ *Hacia una Declaración común de la Iglesia* (1986), 13.

⁵¹ *Hacia una Declaración común de la Iglesia*, 16.

⁵² *La Tradición apostólica* (1991), 89.

54. En *La Palabra de vida* la discusión sobre la vida sacramental parte de Cristo mismo en cuanto «sacramento primordial», «a la vez signo de nuestra salvación e instrumento mediante el cual se realiza». En cuanto incorporada a Cristo «la Iglesia puede ser concebida analógicamente en términos de sacramento»⁵³. El texto *Hacia una declaración sobre la Iglesia* describía ya a la Iglesia como «apta para servir como signo, sacramento y premisa del Reino de Dios en el tiempo entre los tiempos», y afirmaba igualmente que «Cristo actúa por medio de su Iglesia»⁵⁴.

El Misterio del Verbo hecho carne y el misterio sacramental de la Eucaristía orientan sobre una visión de la Iglesia basada en la idea sacramental, es decir, en que la Iglesia obtiene su forma de la Encarnación en la que tiene su origen y de la acción eucarística mediante la cual su vida se renueva constantemente⁵⁵.

La misión de la Iglesia «no es otra que una participación en la misión continuada del Hijo y del Espíritu Santo expresando el amor del Padre para toda la humanidad»; «semajante participación en la misión de Cristo sólo es posible por la efusión del Espíritu Santo»⁵⁶.

55. Los sacramentos son considerados como casos particulares de la revelación del misterio divino. «Derivan de la naturaleza sacramental de la autocomunicación de Dios a los hombres en Cristo. Son maneras específicas para Jesús resucitado de realizar entre nosotros, por el poder del Espíritu Santo, su presencia saludable y su acción eficaz»⁵⁷. Cristo se dirigía él mismo en signos, acciones y palabras a los que venían a él en la fe: «Después de la pasión, la muerte y la resurrección de Cristo, el Salvador continúa sus palabras y sus acciones entre nosotros por medio de signos sacramentales»⁵⁸. Los católicos tienen siete ritos, especialmente la ordenación, para sacramentos en sentido estricto, considerando el bautismo y la eucaristía como fundamentales. Los metodistas sólo atribu-

⁵³ *La Palabra de vida* (1996), 95-96.

⁵⁴ *Hacia una Declaración común de la Iglesia*, 8, 9.

⁵⁵ *Hacia una Declaración común de la Iglesia*, 10.

⁵⁶ *La Palabra de vida*, 73,75.

⁵⁷ *La Palabra de vida*, 98.

⁵⁸ *La Palabra de vida*, 98.

yen una realidad plenamente sacramental al bautismo y a la eucaristía (en cuanto instituidos directamente por Cristo) pero tienen igualmente otras prácticas como «medios de gracia»⁵⁹.

56. Los católicos distinguen también los «sacramentos» de los demás medios de gracia. Un sacramento es un medio de gracia garantizado, arraigado en el compromiso de Dios de estar con su Pueblo. Cristo se compromete libremente a estar presente con poder mediante estos signos, aunque nosotros sólo crezcamos en santidad respondiendo con una fe activa en el amor. Cristo se compromete a trabajar bajo estos modelos particulares con el fin de que todos puedan beneficiarse de su amor fiel. Los católicos comprenden este compromiso del Señor resucitado a estar presente en los sacramentos como el cumplimiento práctico de su promesa de estar con su Iglesia hasta el fin de los tiempos (cf. Mt 28, 20). La confianza en la presencia y la acción de Cristo en los sacramentos se funda sobre la fidelidad de Dios al pueblo que él ha elegido. Los católicos creen que Dios se sirve también de otros ritos y de otras formas de ministerio como medios de gracia, aunque no los consideren como sacramentos.

57. En este contexto los católicos distinguen los sacramentos de los «sacramentales». En sentido estricto, los sacramentales son signos instituidos por la Iglesia y arraigados en el sacerdocio bautismal de todos los creyentes. Incluyen siempre una oración acompañada a menudo de un gesto tal como la imposición de manos, el signo de la cruz o la aspersión de agua bendita. Los sacramentales no confieren la gracia del Espíritu Santo de la misma manera que los sacramentos, sino que por la oración de la Iglesia su meta es ayudar a preparar a los creyentes para recibir el don libre de la gracia de Dios y cooperar en ella. Los sacramentales incluyen bendiciones de personas y de cosas. Ciertas bendiciones consagran a personas a Dios de una manera especial o sitúan a parte objetos y lugares para el uso religioso. «Toda persona bautizada está llamada a ser 'una bendición' y a bendecir»⁶⁰.

58. Los metodistas sólo reconocen el bautismo y la Cena como sacramentos instituidos por Cristo, pero ven en otras

⁵⁹ *La Palabra de vida*, 100-107.

⁶⁰ *Catecismo de la Iglesia católica*, n. 1669.

prácticas de la vida cristiana «medios de gracia instituidos». John Wesley hablaba de «canales ordinarios»⁶¹ a través de los cuales Dios hace pasar la gracia. Utilizaba pasajes de la Escritura para mostrar que Cristo mandó que todos los cristianos se sirvan de estos medios, prometiendo por ello que la gracia sería dada a través de estos. Tales medios «instituidos» incluyen la oración, el estudio de las Escrituras, el ayuno y las obras de misericordia. Por «obras de misericordia», se entiende la práctica de hacer el bien físico y moral del prójimo mediante acciones tales como alimentar a los hambrientos, vestir a los que están desnudos, visitar a los prisioneros, instruir y exhortar a los que buscan a Dios. Es así como todos estos gestos son medios de gracia instituidos, con el bautismo y la Cena.

59. Los metodistas reconocen igualmente que se pueden considerar canales efectivos de la gracia de Dios otras prácticas si son conformes a la Escritura y si en ellos se realiza la experiencia del encuentro de Cristo. John Wesley enseñaba que podemos creer que de esta manera se encuentra normalmente la gracia de Dios. Estos son entonces «medios prudentiales de gracia». La celebración de la fe por himnos y la «conferencia cristiana», son dos de estas prácticas que han caracterizado la vida eclesial del metodismo desde el comienzo. Por «conferencia cristiana», los metodistas entienden no sólo las Conferencias en las que el clero y los laicos discernen la voluntad de Dios y toman decisiones relativas a la doctrina y la disciplina, sino también otras ocasiones en las que se reúnen para el discernimiento personal o para velar los unos sobre los otros en el amor. Los «encuentros de clases», las escuelas del domingo, las reuniones de jóvenes son otros tantos ejemplos de medios prudentiales de gracia que no se imponen en todas partes y siempre a todos los cristianos. Una comunidad fiel puede reconocerles o no eficacia, según los tiempos y los lugares. Se pueden, además, descubrir de nuevo medios de gracia para contextos nuevos en el camino de la Iglesia en obediencia fiel al Espíritu.

60. En realidad, los metodistas consideran la ordenación, la oración para la curación, la declaración del perdón de los pecados, el matrimonio y la confirmación como medios pru-

⁶¹ «Los medios de gracia», II (*The Works of John Wesley*, Bicentennial Edition, 1, 381).

denciales de gracia que tienen un estatus específico en el seno de esta categoría más vasta. Sin ser sacramentos como el bautismo y la Cena, no tienen menos cualidad sacramental. Son distintos de los otros medios prudenciales en que se fundan en las prácticas de la Iglesia apostólica atestiguada por la Escritura. Se puede, pues, darles una expresión litúrgica en la vida de la comunidad de fe. Se puede obtener provecho ahondando en las semejanzas entre las categorías católicas de sacramentos y sacramentales y las categorías wesleyanas de medios instituidos y prudenciales de gracia.

61. Los metodistas y los católicos constatan una convergencia significativa en la comprensión de los medios de gracia. Estamos de acuerdo en que Dios ha prometido estar con su Iglesia hasta el fin de los tiempos (cf. Mt 28, 20), y que todos los medios de gracia, ya se trate de sacramentos o de sacramentales, de medios prudenciales o instituidos de gracia, son canales de la fidelidad de Dios a su promesa. Los metodistas y los católicos enseñan que el bautismo, la confirmación y la ordenación son actos que no se pueden repetir, mediante los cuales la gracia de Dios llega al beneficiario de una manera especial. Sin embargo, algunas de nuestras diferencias persistentes se centran en la cuestión de saber si y cómo un medio de gracia puede ser «garantizado» o «fiable». Los católicos preguntan a los metodistas cómo y por qué criterios verifican que un medio particular es un canal fiable de la gracia de Dios. Los metodistas preguntan a los católicos si la idea de una cualidad asegurada de un sacramento tiene completamente en cuenta la debilidad, las limitaciones, y el pecado de los seres humanos llamados a ser los agentes de la gracia de Dios. Necesitamos desarrollar la exploración común de nuestra comprensión de la garantía o de la fiabilidad de la acción de Dios en su Iglesia por los medios de gracia. Esto tiene una importante implicación para comprender la manera en que Dios actúa por medio de los ministros ordenados cuando tienen que discernir y proclamar con autoridad la verdad del Evangelio.

La llamada a servir

62. Todos los cristianos juntos e individualmente, están llamados a servir a Cristo en el mundo para la gloria de Dios. Este es el marco para comprender los papeles particulares de organismos tales como la Conferencia metodista o el Colegio

Episcopal católico. Cada uno de ellos está concebido como un medio de gracia en el seno de una comunidad de fe que es ella misma agente de la obra salvífica de Cristo en el mundo. Todos los que ejercen un ministerio, ordenado y laico, sirven a una comunidad cuyos miembros están llamados a reconocer y a servir a Cristo en los otros. Los ministros de Cristo encuentran a su Señor en los que sirven.

El ministerio ordenado

63. Los metodistas y los católicos están de acuerdo en que por la ordenación una persona es llamada irrevocablemente y es elegida por Dios para un servicio especial en la comunidad de creyentes, pero esto no implica que los ministerios estén separados de esta comunidad. Se trata de una llamada especial en el seno de la llamada general dirigida a todos. Nuestro diálogo ha vuelto muchas veces a la cuestión de lo que produce la ordenación. Hay muchas cosas que estamos en condiciones de afirmar juntos. Por la ordenación, una persona se convierte en ministro de la palabra y de los sacramentos en la Iglesia de Cristo. En el corazón de todo servicio pastoral por los ministerios ordenados existe un ministerio de vigilancia para el bien de la conexión y de la comunión de la Iglesia (cf. 1 P 5, 2-4).

64. El primer informe de la Comisión mixta extraía los dominios clave de un acuerdo sobre el ministerio ordenado. Después de haber declarado que «el ministro participa en el ministerio de Cristo, actúa en el nombre de Cristo», el documento prosigue hablando de la importancia del Espíritu Santo en la «llamada al ministerio», del carácter «conexional» del ministerio, de la autoridad primordial de Cristo mismo en la Iglesia. Otro campo significativo de acuerdo para la consecución del diálogo era «la comprensión del ministerio como, de cierta manera misteriosa, extensión del principio incarnacional y sacramental, en el que seres humanos (en cuanto ministros) por su cuerpo y su alma se convierten, por el poder del Espíritu Santo, en agentes de Cristo para llevar a Dios en la vida y condición de hombres» y de mujeres⁶². El Informe

⁶² *Relación de la Comisión mixta* (1971), 89, 90, 94, 108, 92. En GM 1, nn. 912-1.006.

siguiente de la comisión retomaba la concepción del ministerio ordenado como «ministerio de Cristo mismo de quien el ministro es el representante»⁶³. Los católicos y los metodistas comprenden cada vez más el ministerio ordenado como representando al mismo tiempo a Cristo y a la comunidad cristiana. Según este informe, los católicos y los metodistas están igualmente de acuerdo en que «por la ordenación se ha establecido una relación nueva y permanente con Cristo y su Iglesia»⁶⁴; esto es el fundamento de nuestra creencia común en que la ordenación es irrevocable y no puede repetirse. En *La Tradición apostólica*, la Comisión declaraba que en la comunidad del Pueblo de Dios «un ministro auténtico comunica Cristo a las personas»⁶⁵; «como instrumento en las manos de Dios, el ministro ordenado dispensa la Palabra de Dios al pueblo de Dios, a la vez mediante la palabra y los sacramentos de la Iglesia»⁶⁶. No obstante, el informe continúa admitiendo que subsisten diferencias sobre la naturaleza sacramental de la ordenación⁶⁷.

65. Los católicos comprenden la ordenación como un sacramento que aparta a los hombres en la Iglesia para ser signos e instrumentos vivos de la solicitud pastoral y de la dirección permanentes del mismo Cristo. Es conferido por el obispo, por la imposición de las manos y la oración. El obispo y el sacerdote son considerados ambos como «una representación sacramental»⁶⁸ de Cristo en cuanto cabeza de su Cuerpo, pastor de su rebaño, sumo sacerdote de su pueblo sacerdotal, único maestro de su comunidad de fe. Por el ministerio de los obispos y los sacerdotes en particular, la presencia viva de Cristo como cabeza de su Cuerpo y pastor de su pueblo se hace visible en el seno de la Iglesia. Esta comprensión es el fundamento sacramental de la doctrina católica de la autoridad doctrinal del colegio de los obispos. La pri-

⁶³ *Growth in Understanding* (Crecimiento en la comprensión) (1976), 79. En GM 1, nn. 1.056, 456.

⁶⁴ *Crecimiento en la comprensión*, 98.

⁶⁵ *La Tradición apostólica*, (1991), 83.

⁶⁶ *La Tradición apostólica*, 84.

⁶⁷ *La Tradición apostólica*, 88-91, 94.

⁶⁸ Juan Pablo II, Exhortación postsinodal sobre la formación sacerdotal, *Pastores dabo vobis* (1992), 15. *Catecismo de la Iglesia católica*, n. 1548, 1549.

mera tarea de los obispos, especialmente cuando se reúnen como colegio de obispos, es proclamar a todos el Evangelio en su integridad. Para los católicos, este ministerio de la predicación con autoridad está íntimamente vinculado al ministerio de gobierno y al ministerio litúrgico central de la presidencia de la eucaristía. Todo verdadero ministerio es intrínsecamente pastoral, sirve para instruir a todo el pueblo más profundamente en el misterio de Cristo, el Pastor, que ha dado su vida en amor sacrificial.

66. Los metodistas comprenden la ordenación como un don de Dios a la Iglesia. Consiste en que hombres y mujeres que son llamados por Dios a esta forma de ministerio son aceptados tras un examen por parte de la Conferencia. «Son entonces ordenados por la oración y la imposición de manos, por el obispo o el presidente de la Conferencia y reciben la tarea de anunciar el Evangelio, de celebrar y asumir la tarea pastoral del rebaño de Cristo»⁶⁹. Los metodistas no conciben la ordenación como un sacramento sino como una acción litúrgica que comprende la oración de la comunidad para el don del Espíritu Santo apropiado para esta forma particular de ministerio. Porque hay un mandato sagrado de toda la vida, no se repite nunca la ordenación. Es comprendida como una entrada en una relación contractual con todos los demás ministros al servicio de Cristo. Es una acción litúrgica pero normalmente seguida de cerca por la recepción del ordenando en «conexión» con la Conferencia. Las Iglesias metodistas que apartan o consagran ministros como obispos no consideran esto como una nueva ordenación.

67. Los católicos y los metodistas tienen en común varios aspectos de su comprensión de la ordenación. Las dos Iglesias apartan ministros para la Iglesia de Jesucristo. Las dos Iglesias comprenden este rito como un medio de la gracia de Dios por el cual el ministro es introducido en una relación contractual de servicio permanente en la Iglesia de Cristo. Esta forma específica de dirección es siempre un servicio a la vez de Dios y del Pueblo de Dios. Comporta la administración de los sacramentos, la predicación y la enseñanza de la Palabra y la participación en la organización de la vida de la Iglesia.

⁶⁹ *La Tradición apostólica*, 82.

68. Afirmamos juntos con alegría que los ministerios y las instituciones de nuestras dos comuniones son medios de gracia por los cuales Cristo resucitado conduce, guía, enseña y santifica en persona a su Iglesia en el camino de su peregrinaje. Esta afirmación sólo puede hacerse en una comunidad de fe, contando con la promesa y la gracia de Dios: «Todo ministerio sigue dependiendo enteramente de la gracia de Dios para su ejercicio. El Dios que llama corona su llamada mediante dones para el ministerio»⁷⁰. Los católicos preguntan a los metodistas por qué no utilizarían el lenguaje del sacramento, utilizado a propósito de la Iglesia misma, para el ministerio ordenado en la Iglesia y su autoridad de discernimiento de la verdad del Evangelio. Los metodistas preguntan a los católicos por qué, dada la debilidad y la falibilidad humanas, comprenden el ministerio ordenado no sólo como un signo sino también como una garantía de la presencia activa de Cristo por el poder del Espíritu Santo, especialmente en los actos particulares de discernimiento autorizado y de proclamación. Estas cuestiones están en el centro del diálogo ecuménico entre nuestras dos comuniones.

El ministerio de enseñanza y de predicación

69. Jesús era reconocido como el rabi, el maestro que destacaba sobre los demás pues hablaba con autoridad (cf. Mc 1,22,27; Lc 5,5; 8,24). En el centro del ministerio de Cristo estaba el anuncio y la enseñanza del Evangelio. Poco después de su bautismo, Jesús comenzó a proclamar la Buena Nueva del reino de Dios (cf. Mt 1, 14). Enseñaba a las multitudes a la orilla del lago, intentando hacerles comprender la naturaleza del reino de Dios. En sus actos de curación y otros gestos de compasión había a menudo un mensaje a la vez para el beneficiario y para los asistentes. Invitaba constantemente a las gentes a creer en él y a reconocer que el reino de Dios estaba cerca.

70. Guiada por el Espíritu Santo, toda la Iglesia, laicos y ministros ordenados, participa del ministerio de Cristo de dar testimonio de la verdad de la buena nueva de Dios. Cristo

⁷⁰ *La Tradición apostólica*, 84.

decía a los que lo seguían: «vosotros recibiréis una fuerza cuando el Espíritu Santo venga sobre vosotros, y de este modo seréis mis testigos en Jerusalén, en toda Judea y Samaría y hasta los confines de la tierra» (Hech 1, 8). La predicación y la enseñanza en este sentido amplio, forman parte de la misión de todos los cristianos como miembros de la Iglesia llamados por Cristo a hacer discípulos de todas las naciones (cf. Mt 28, 19). La Iglesia de Cristo es una comunidad de intérpretes y de anunciadores. Los laicos y los ministros ordenados tienen dones complementarios para el discernimiento de la verdad del Evangelio y para la elección de la mejor forma de expresarlo en un contexto cultural dado. Unos y otros tienen el don y la responsabilidad de dar testimonio con palabras y hechos a todos los seres humanos para que se salven y reciban el poder de llegar a ser hijos de Dios (cf. Jn 1, 12; 3, 16).

La autoridad apostólica

71. Los metodistas y los católicos están de acuerdo en el papel esencial representado por el ministerio de los apóstoles para la proclamación y la difusión de la Buena nueva durante el siglo primero. Está claro en el Nuevo Testamento que diferentes funciones y diferentes oficios fueron igualmente reconocidos desde el primer momento en la Iglesia como dones de Dios, «para la adecuada organización de los santos en las funciones del ministerio para edificación del Cuerpo de Cristo» (Ef 4, 12). Los historiadores constatan la diversidad del dato histórico; señalan que el episcopado, como función, se desarrolló gradualmente, en lugares diferentes. La enseñanza católica subraya que hay, no obstante, una sucesión colegial de los apóstoles a los obispos. Católicos y metodistas están de acuerdo en que el ministerio de *episcopé* (supervisión) ha sido siempre ejercido en la Iglesia: «desde la época apostólica, personas ordenadas han sido encargadas de tareas particulares de vigilancia»⁷¹; «Durante los siglos segundo y tercero, la triple estructura del ministerio: obispo, presbítero y diácono, se fijó como modelo del ministerio ordenado en

⁷¹ Libro de Disciplina de la Iglesia Metodista unida (1996), 401.

toda la Iglesia»⁷². Católicos y metodistas conservan algo de este triple modelo con:

- 1) obispos o superintendentes,
- 2) ancianos, presbíteros o sacerdotes,
- 3) diáconos.

72. En la Iglesia antigua, los obispos se convirtieron normalmente en los celebrantes y los predicadores de sus iglesias locales. La necesidad pastoral, no obstante, llevó a desarrollar el modelo de presbíteros, jefes de comunidades más pequeñas, siempre en comunión de fe con su obispo. La predicación y la enseñanza eran parte integrante del ministerio de dirección en la Iglesia primitiva, como son hoy: «La tarea de mantener la unidad en la verdad está en el centro del ejercicio de la *episcopé*»⁷³.

73. No había delimitación clara, en la Iglesia antigua, entre la predicación y la enseñanza. Predicar implicaba a menudo la interacción del predicador y de la asamblea y estaba integrada en la liturgia, particularmente en los sacramentos del bautismo y eucaristía. Era también una forma de educación cristiana de base. La práctica de la Iglesia antigua es un desafío a la lamentable separación practicada a menudo hoy entre la palabra y la celebración eucarística del domingo. El ministerio de la palabra y la celebración del sacramento van uno con otro, siendo dos medios por los cuales la gracia de Nuestro Señor Jesucristo es dada al Pueblo de Dios.

Los principales medios de enseñanza y de discernimiento

74. Entre los metodistas, el ministerio de dirección (*episcopé*) ha sido ejercido sobre todo de dos maneras. En primer lugar, la Conferencia, comprendida como ejercicio colegial de la *episcopé* para el servicio de la Iglesia, es fundamental en el metodismo. En todas las Iglesias metodistas, es a la Conferencia a quien le corresponde realizar con autoridad el discernimiento de la verdad del Evangelio para la Iglesia. Incluso allí donde el metodismo ha adoptado el episcopado,

⁷² Consejo Ecuménico de las Iglesias, *BEM* (1982), Ministerio, 19.

⁷³ *La Tradición apostólica* (1991), 93.

con un límite o de por vida, la Conferencia sigue siendo el instrumento mediante el cual el discernimiento es ejercido sobre todas las cuestiones de fe, para ser después proclamado en la enseñanza oficial: «La Conferencia es la autoridad última en la Iglesia para sus doctrinas y para todas las cuestiones relativas a la interpretación de sus doctrinas»⁷⁴. La Conferencia ejerce la autoridad sobre los predicadores y trata las cuestiones de disciplina. En segundo lugar, en todas las Iglesias metodistas es ejercido un ministerio de autoridad o de vigilancia por personas apartadas para el servicio de Dios en esta función, ya sea por un período determinado o de por vida; algunas de estas Iglesias tienen «superintendentes» otras «obispos». La Iglesia metodista en Gran Bretaña se ha declarado dispuesta a recibir el episcopado histórico en su vida y su ministerio, como y cuando sea requerido para la unidad de los cristianos.

75. Los católicos se vinculan sin dificultad a la descripción del papel de enseñanza de los obispos que da el *Libro de Disciplina* de los *United Methodists* : «guardar, transmitir, enseñar y proclamar colegial e individualmente la fe apostólica tal como es formulada en la Escritura y la tradición, e interpretar esta fe evangélica y proféticamente según el Espíritu Santo les inspire y les haga capaces»⁷⁵. Para los católicos, el discernimiento normativo de la verdad y su enseñanza fiel son confiados al Colegio de los obispos unidos, considerado como provisto por el Espíritu Santo con el don del discernimiento, en unión con el papa. La catolicidad de la Iglesia en el tiempo y en el espacio significa que la substancia de la enseñanza de la Iglesia debe ser la misma en todo tiempo y lugar. En su papel de guardianes de la unidad de la Iglesia, los obispos intentan, pues, actuar de modo que sea anunciada hoy la misma fe que fue discernida por la Iglesia en los siglos precedentes y que se enseñe en todas partes la misma fe en el mundo hoy. Importantes diferencias de expresión y de acento se producen, no obstante, por el hecho de que el Evangelio es vivido y anunciado en culturas diversas y en tiempos diferentes. El discernimiento normativo por parte de

⁷⁴ *South African Methodists Book of Discipline* (Libro de Disciplina de los Metodistas sudafricanos) 1.18 (cf. 5.1; 5.4.3) 10ª edición, 2000.

⁷⁵ *Libro de Disciplina de la Iglesia Metodista unida* (1996), 414.3.

los obispos no tiene lugar aisladamente. Deben escuchar no sólo la Escritura y la Tradición, sino también a toda la comunidad eclesial. Los católicos comprenden el don de la apostolicidad que incluye el discernimiento de la verdad divina, como perteneciente a toda la Iglesia: este don es servido y garantizado por el ministerio apostólico de los obispos.

76. Los metodistas y los católicos tienen fuertemente el sentido de la naturaleza colectiva del ministerio de gobierno. Esto refleja su insistencia común sobre la conexión o comunión de las comunidades locales de fe en la vida cristiana, el culto y la misión. Para cada Iglesia metodista, la Conferencia ejerce una forma de *episcopé* colegial. Para los católicos, es el cuerpo de los obispos unido al obispo de Roma el que ejerce esta *episcopé* colegial. La unidad entre las comunidades católicas locales está constituida y mantenida por su comunión con su obispo en una diócesis, y la unidad de sus obispos por la comunión con el obispo de Roma. Metodistas y católicos afirman juntos que la verdadera fe cristiana y la cualidad de discípulo de Cristo implican siempre la unidad de unos con otros en la verdad y en el amor. Esta comprensión del Evangelio se refleja en nuestras estructuras eclesiales que pretenden servir a la unidad de toda la Iglesia. Aunque el crecimiento en la santidad y el amor perfecto bajo la gracia de Dios sea siempre algo profundamente personal, no es nunca privado. Nuestras dos Iglesias admiten ministros que desempeñan un papel especial de dirección y de inspiración en la comunidad, pero están siempre unidos en una responsabilidad colegial para la fe y la misión de los creyentes.

La participación de los laicos en la enseñanza normativa

77. Los católicos y los metodistas comprenden que la Iglesia entera debe participar en el discernimiento y la enseñanza. Los laicos y los ministros ordenados comparten esta responsabilidad, pero de maneras diferentes. Los metodistas afirman con los católicos que la ordenación establece el ministerio en una relación nueva y permanente con Cristo resucitado. Por este hecho, las dos Iglesias comprenden que si bien el don de discernimiento pertenece a toda la Iglesia, los ministros ordenados representan un papel especial en el ejercicio propio de su tarea. En las comunidades locales y las

regiones geográficas (diócesis, distritos, conferencias anuales) los ministros ordenados tienen la dirección de las funciones de culto, de predicación y de enseñanza. Hay, sin embargo, muchos laicos: predicadores locales, teólogos formados, catequistas, animadores de estudios bíblicos y profesores de escuelas dominicales, que tienen también la vocación de enseñar en la Iglesia. Además, las personas santas desempeñan un papel vital por su ejemplo, incluso sin estar encargadas de ninguna función.

78. Permanecen diferencias entre los metodistas y los católicos a propósito del papel que tienen los laicos en el proceso de discernimiento normativo y de proclamación oficial del Evangelio. Los católicos sitúan la autoridad de enseñanza en el cuerpo episcopal con el obispo de Roma a la cabeza. Los metodistas colocan esta misma autoridad en la Conferencia, donde se sientan los laicos en un número significativo, con voz deliberativa y participación en las decisiones.

79. Para los metodistas la autoridad de enseñanza es un don hecho a toda la Iglesia, y sugieren que excluir a los presbíteros y los laicos de las decisiones finales equivale a negarles el ejercicio de este don, debilitando con ello la capacidad de la Iglesia de discernir la interpretación fiel de la Palabra de Dios para un lugar y un tiempo dados. Teniendo representantes de toda la Iglesia en las instancias de decisión, pueden esperar oír la variedad de perspectivas y de comprensiones que hay que tener en cuenta para asegurar la catolicidad de la Iglesia. Los laicos, ciertamente, participan de modo activo y aportan sus diversas contribuciones a muchos niveles de la organización de la Iglesia católica, por ejemplo, en los consejos pastorales, los sínodos diocesanos y las sesiones del Sínodo de obispos en Roma. No obstante, los metodistas preguntan a los católicos por qué los laicos no podrían estar más formalmente implicados en los órganos de decisión, incluso cuando se trate de discernimiento y de enseñanza normativos compartiendo de alguna manera la responsabilidad de los obispos, los cuales no dejarían sin embargo de mantener su ministerio especial de autoridad doctrinal.

80. Los católicos comprenden que la función episcopal de enseñanza es un servicio dado a toda la Iglesia. Los obispos dirigen las comunidades de fe que son ellas mismas portadoras de la verdad del Evangelio. Disciernen y proclaman con

autoridad la fe dada a todo el Pueblo de Dios. La autoridad para asegurar la catolicidad y la apostolicidad es confiada al colegio de los obispos. Los metodistas tienen ciertamente un ministerio ordenado, y una instancia de dirección investida de funciones de enseñanza. Los católicos, sin embargo, preguntan a los metodistas por qué, en su concepción y la práctica de la Conferencia, no distinguen más formalmente el papel de los ministros ordenados, especialmente de los obispos y los superintendentes, en particular en materia de discernimiento y de enseñanza normativos.

Lo que ya ha sido adquirido

81. Los católicos y los metodistas afirman que al llamar a las personas a ser agentes de discernimiento de lo que es verdaderamente el Evangelio, Dios se sirve de ellas como medios de gracia, como canales creíbles. Todas las formas de ministerio son comunes y colegiales. Intentan preservar y reforzar toda la comunidad de fe en la verdad y el amor, en el culto y la misión. En las dos Iglesias el gobierno es ejercido de modo que comporta la solicitud pastoral, constituyendo la autoridad la enseñanza y la predicación. Los metodistas y los católicos pueden alegrarse de que el Espíritu Santo se sirva de los ministerios y las estructuras de las dos Iglesias como medios de gracia para conducir al pueblo a la verdad del Evangelio de Cristo. La autoridad «el ejercicio de la autoridad ministerial en la Iglesia, especialmente por los investidos del ministerio de la *episcopé* tiene una dimensión radicalmente misionera... Esta autoridad permite a toda la Iglesia encarnar el Evangelio y convertirse en la sierva misionera y profética del Señor»⁷⁶.

Puntos a explorar

82. Cristo prometió su presencia y su Espíritu a la Iglesia, pero las implicaciones de este hecho para una comprensión más plena del ministerio ordenado y de la autoridad doctrinal necesitan una exploración común más a fondo. Un punto de divergencia significativo es la idea de medios de gracia

⁷⁶ ARCIC, *El don de la autoridad* (1998), 32.

garantizados o «asegurados», y el fundamento que esto constituye para la comprensión católica de la autoridad doctrinal del Colegio de los obispos unido al papa. Los metodistas se preguntan si una doctrina de indefectibilidad doctrinal garantizada tiene plenamente en cuenta la fragilidad humana y el pecado, aunque los católicos y los metodistas están de acuerdo en que Dios se sirve de simples vasos de barro como agentes y que él actúa a través de las debilidades y las imperfecciones humanas para proclamar su palabra. Los católicos se preguntan cómo, sin una comprensión tal garantizada, los metodistas pueden estar seguros de que su predicación y su enseñanza son verdaderamente los de Cristo y de su Iglesia. Los metodistas estiman que pueden realmente estar seguros en lo esencial, pero católicos y metodistas no están aún de acuerdo en qué es exactamente lo esencial. Tampoco hay acuerdo completo sobre la participación de los laicos en las decisiones de la Iglesia, especialmente en materia de discernimiento y de proclamación normativos del Evangelio. Los metodistas y los católicos están totalmente de acuerdo, sin embargo, en que la enseñanza de la Iglesia debe estar siempre sometida al test de la Escritura y de la Tradición.

La autoridad doctrinal: un don de Dios a la Iglesia

83. Los metodistas y los católicos están de acuerdo en que la autoridad doctrinal ejercida correctamente es un don de Dios a su Iglesia, un don por el cual Cristo representa su papel de Cabeza de su cuerpo por el poder del Espíritu Santo⁷⁷. El Evangelio provoca a los cristianos a reconsiderar lo que se entiende por «autoridad», y a ejercer la autoridad siempre a semejanza de Cristo, que ha venido «no a ser servido sino a servir y dar su vida como rescate por muchos» (Mc 10, 45). «El corazón del ministerio cristiano es el del amor irradiante de Cristo»⁷⁸. Es especialmente cierto de todo ministerio de ejercicio de autoridad entre los cristianos. La utilización de la expresión «velar los unos por los otros en el amor»⁷⁹

⁷⁷ *El don de la autoridad*, 5.

⁷⁸ *Libro de Disciplina de la Iglesia Metodista unida* (1996), 104.

⁷⁹ «La naturaleza, el designio y las reglas generales de la Sociedad unida», *The Works of John Wesley*, Bicentennial Edition, 9, 69.

por John Wesley, interpela a todos los ministros y las instancias colegiales, especialmente a las investidas de la autoridad ministerial. El ministerio de autoridad debería buscar siempre el crecimiento de aquellos sobre los que se ejerce. Desgraciadamente no siempre ha sido ejercida de esta manera, y todos los ministros tendrán siempre necesidad de reforma y renovación. «Está claro que sólo por la gracia de Dios el ejercicio de la autoridad en la comunión de la Iglesia comporta las marcas de la autoridad propia de Cristo. La autoridad es ejercida por cristianos frágiles para el bien de otros cristianos frágiles»⁸⁰.

84. Los metodistas y los católicos se comprometen a la santidad de vida, a la fidelidad de la enseñanza y a la participación en la misión de Dios en el mundo. Nuestros ministerios, individuales y colegiados, son medios de gracia de los que el Espíritu de Cristo se sirve como le parece para conservar a la Iglesia una, santa, católica y apostólica en su vida, su fe y su misión. En nuestra fragilidad humana ponemos juntos nuestra confianza en la promesa de Cristo de guardar la Iglesia fiel a él mismo. Como recuerda el himno de Charles Wesley, «Fortalecidos por el poder divino, la Iglesia no puede nunca fallar»⁸¹.

SEGUNDA PARTE

85. La primera parte de este informe ha examinado la comprensión común y la interpretación distinta de los «medios de gracia» en la Iglesia de Cristo, especialmente en lo que concierne al discernimiento normativo y la proclamación de la verdad del Evangelio. En esta segunda parte, los metodistas y los católicos presentan de modo más detallado cómo se sitúa cada uno y por qué. Estas explicaciones son ofrecidas en primer lugar para permitir a cada tradición comprender mejor al otro. Aunque estas prácticas son distintas hay muchos puntos de convergencia entre ellas.

⁸⁰ *El don de la autoridad* (1998), 48.

⁸¹ *Himnos y Salmos*, n. 438.

I. LA COMPRENSIÓN Y LA PRÁCTICA METODISTAS

Perspectivas históricas

86. Para los metodistas, los agentes de discernimiento han sido modelados por los orígenes históricos del movimiento en la Inglaterra del siglo XVIII. Han heredado doctrinas y estructuras de base de la Iglesia cristiana transmitidas por la Reforma inglesa del siglo XVI. Creen que John Wesley y las gentes llamadas metodistas fueron suscitadas por Dios en una situación particular para una tarea particular, es decir, «para expandir la santidad escrituraria en el país»⁸². Doctrinalmente los primeros metodistas se adherían a la enseñanza de la Iglesia de Inglaterra. Wesley hacía mucho caso de los formularios doctrinales anglicanos, especialmente de los treinta y nueve Artículos de religión, las homilías, y particularmente del *Libro de la Oración común*. Para los anglicanos de su tiempo el *Libro de la Oración común* seguía siendo el vehículo de la fe de la Reforma en la existencia cotidiana y semanal de las parroquias. Wesley fue fiel a esta expresión de la fe a lo largo de todo su ministerio. A ésta añadió su lectura de los antiguos Padres de la Iglesia.

87. Desde el punto de vista de la organización, los metodistas creen que el Espíritu Santo guiaba activamente el desarrollo del movimiento metodista. La mayor parte de los rasgos de la práctica metodista no fueron previstos por adelantado sino descubiertos como medios providenciales de cumplir la misión. «El metodismo ha venido del cielo según las necesidades, pieza a pieza» reclamaba uno de los Predicadores en 1836, con una exuberancia excesiva pero perdonable⁸³. Charles Wesley encontraba ahí un claro paralelo con el Éxodo:

Capitana de la armada de Israel y guía de todos los que
buscan la tierra ahí arriba...

Guiados por tu Espíritu que no puede errar,
no nos extraviaremos en el desierto;
no nos preocuparemos por la buena dirección

⁸² «Grandes Minutes» (The Works of John Wesley, Jackson Edition, 8, 299).

⁸³ Gordon Rupp, *Thomas Jackson: Methodist Patriarch* (1954), 41.

y no perderemos nuestra ruta providencial;
tan lejos del peligro como del miedo,
pues el amor, el amor todopoderoso, está con nosotros⁸⁴.

88. Los primeros metodistas comprendían su movimiento como un despertar del cristianismo auténtico. Buscaban llevar de nuevo la verdad del Evangelio al espíritu de las gentes y compartir el amor de Dios que cambia la vida con los que no lo conocían en el corazón. Para ellos, la verdad del Evangelio era el mensaje del amor de Dios para todos y del mandamiento divino de amar a Dios y al prójimo. Su ministerio era profético, anunciando la salvación, individual y social, a sus contemporáneos.

89. Dada la situación en Inglaterra del siglo XVIII, algunos temas necesitaban ser puestos de relieve. En particular, Wesley centraba su predicación y su enseñanza sobre todo en las doctrinas que tenían una relación más directa con la salvación: el pecado original, la justificación y la santificación. Veía ahí «el contenido general de la Escritura» que comprendía como «la analogía de la fe», es decir, el sentido de todo el mensaje de la Escritura que sirve de clave para interpretar los diferentes pasajes. Visto el nivel relativamente bajo de la vida espiritual en Inglaterra, en su tiempo y las dificultades que la Iglesia tenía para alcanzar nuevas capas de la población, este acento sobre la soteriología era la mejor forma de cumplir la misión que le había sido propuesta. Consideraba sin embargo sus sociedades como existentes en el seno de la Iglesia de Inglaterra. Su herencia anglicana, incluida la aceptación de los Símbolos antiguos y el estudio de las fuentes patrísticas lo vinculaba a la Iglesia universal. En varias ocasiones ha indicado que el metodismo no era en absoluto una novedad; era más bien, «la vieja religión, la religión de la Biblia, la religión de la Iglesia primitiva, la religión de la Iglesia de Inglaterra»⁸⁵. En sus publicaciones buscaba instruir a sus predicadores y naturalmente a todo el pueblo metodista de lo que el conjunto de la fe cristiana tenía que ofrecer. Los cincuenta volúmenes de su biblioteca cristiana comprenden

⁸⁴ *Himnos y Salmos*, n. 62.

⁸⁵ «Sobre la instalación de la fundación de la nueva capilla», 11.1 (*The Works of John Wesley*, Bicentennial edition, 3, 585).

autores de la Iglesia antigua, del catolicismo ulterior, de la Reforma, de los puritanos no conformistas y de teólogos anglicanos. Los himnos de su hermano, Charles Wesley eran un poderoso vehículo para instruir al pueblo sobre la fe cristiana.

90. La meta era difundir la santidad escrituraria y esta misión conducía al reclutamiento de predicadores laicos y ordenados. Muchas veces, frente a la oposición oficial y a la burla popular, viajaban mucho, predicando el Evangelio a los desheredados, reagrupando a las gentes en sociedades y ejerciendo sobre ellos una solicitud pastoral. Los predicadores se reunieron por vez primera en Conferencia en 1744, con el fin de guiar el despertar. Existían precedentes en la Iglesia de Inglaterra. Por ejemplo, se desarrollaban otras sociedades privadas que gobernaban su acción mediante reuniones de sus dirigentes y, a nivel más oficial, la constitución de la Iglesia de Inglaterra autorizaba las convocatorias del clero. Una aproximación conciliar del discernimiento de la voluntad de Dios para su movimiento les parecía así la mejor forma de proceder.

91. Para los primeros metodistas, la Conferencia ilustra el carácter social del cristianismo. Tenía varias funciones. En primer lugar, determinaba la doctrina práctica de los predicadores metodistas («¿qué predicar?»). En segundo lugar era un lugar de predicación y de ánimo («cómo predicar»). En tercer lugar, supervisaba la misión de la Iglesia y el despliegue de los ministros («¿qué hacer?»)⁸⁶. Cuarto, era una ocasión para hacer dar cuenta a los predicadores de su predicación y de su manera de vivir. Aunque es exacto que Wesley tenía el control final de las decisiones de la Conferencia, los debates tenían sobre él una cierta influencia. Para Inglaterra e Irlanda, se tomó en 1784 la decisión de que la Conferencia continuaría existiendo tras la muerte de Wesley. Se estableció un acta legal para asegurar la continuación colegial del metodismo. La conferencia fue considerada por esto como «el Wesley vivo». Así, la determinación de la doctrina, el mantenimiento de la disciplina y la elección de los predicadores por el bien de la misión fueron vinculados a la Conferencia.

⁸⁶ Cf. «Minutes», 1744 (*The Works of John Wesley*, Jackson Edition, 8, 275).

92. La situación americana era un poco diferente. En vista de la independencia política y la gran necesidad de atención pastoral, Wesley tomó medidas para proveer al metodismo americano de una liturgia, un ministerio ordenado y una dirección general. Los Americanos aceptaron esta última, con la condición de que la Conferencia de los predicadores eligiera superintendentes, pronto llamados obispos en la Iglesia episcopal metodista. La Conferencia ejercía la autoridad en materia de decisiones doctrinales, los obispos eran sus dirigentes y los únicos que tenían la autoridad para la elección de los predicadores.

93. A partir de 1816, los obispos tuvieron la responsabilidad de supervisar los estudios, el programa de formación de los predicadores. Los obispos mismos eran itinerantes, como decían en sus notas al *Libro de Disciplina* de 1798: «*Nuestro gran plan*, en todas sus partes, lleva a un ministerio *itinerante*. Nuestros obispos son obispos *viajeros*. Todos los órdenes diversos que componen nuestras Conferencias son empleados en el modo de *tournés*. Mantenemos en la medida de lo posible todo en movimiento»⁸⁷. Ejercían de muchas maneras una autoridad doctrinal informal. Francis Asbury y Thomas Coke funcionaban como enseñantes de la Iglesia por su predicación y su edición de las Doctrinas y de la Disciplina. No obstante, la autoridad final en materia doctrinal reposaban en lo que se convirtió en la Conferencia General. En 1830, un grupo de laicos y de ministros ordenados metodistas formaron la Iglesia Protestante Metodista y añadieron por primera vez un número igual de laicos a la Conferencia. Otras ramas añadieron más tarde una representación laica significativa, y la práctica es ahora universal.

La conferencia

94. Wesley consideraba la «conferencia cristiana» entre los medios prudenciales de gracia, reconocidos como canales fiables utilizados por Dios para ayudar a modelar la vida del

⁸⁷ Francis Ashbury y Thomas Coke, notas a *The Doctrines and Disciplines of the Methodist Episcopal Church* (Las doctrinas y las disciplinas de la Iglesia episcopal metodista) 10ª edición. Philadelphia (1798), 42.

Pueblo de Dios. La Conferencia metodista es una asamblea de dirigentes laicos y ordenados, que se reúne para el culto, el discernimiento de la voluntad de Dios, y para decidir sobre la mejor manera de seguir fielmente el impulso del Espíritu. Reuniendo las diversidades del Pueblo de Dios —raza, sexo, nacionalidad, opinión teológica o juicio moral— buscaban «decirse la verdad en el amor» los unos a los otros, discerniendo la verdad del Evangelio para su tiempo y lugar. Bajo la dirección del Espíritu buscaban anunciar apostólica y proféticamente esta verdad al mundo entero en el nombre de Dios.

95. Históricamente la inclusión de laicos en la Conferencia obedecía a una tendencia cultural que estimaba que la autoridad última, después de Dios, era dada a la comunidad entera. En la esfera política, esta tendencia daba el derecho al voto a la población adulta de muchos países. Teológicamente, los metodistas miran a todos los cristianos como un pueblo ministerial y sacerdotal. Diferentes dones de autoridad —en materia doctrinal, financiera, disciplinar o de organización— son dados tanto a los ordenados como a los laicos. Tal es el fundamento teológico de la inclusión de unos y de otros en la Conferencia.

96. Hoy, una Conferencia metodista es el centro de organización de la vida eclesial y tiene al menos seis funciones:

- Es el punto de reunión y el instrumento principal de la conexión. Las reuniones de la Conferencia se desarrollan en un clima familiar.
- Ejerce la *episcopé* colegial y vela por toda la vida de la Iglesia, incluida la doctrina y la disciplina para el bien de la misión.
- Tiene en última instancia la autoridad sobre la doctrina. Las Conferencias metodistas han aceptado siempre las Escrituras como regla suprema de la fe y de la práctica, y han sido guiadas en su lectura por los *Sermones* y las *Notas al Nuevo Testamento* de Wesley. La Conferencia es la intérprete última para la comprensión de estas autoridades.
- Ejerce su autoridad igualmente mediante la aprobación de los libros de culto y selecciones de himnos para la comunicación de la enseñanza doctrinal al

pueblo. Por ello la fe es enseñada y preservada por las comunidades locales.

- Contribuye a la transmisión regular del ministerio autorizando la ordenación. Incluso cuando hay obispos, la decisión de ordenar es prerrogativa de la Conferencia. La ordenación tiene lugar durante la Conferencia por la oración y la imposición de manos y la invocación del Espíritu Santo.
- Elige a sus obispos y sus presidentes. En la mayoría de las Iglesias metodistas su mandato es de duración limitada. Algunas Iglesias eligen obispos de por vida (son entonces los Presidentes de sus Conferencias anuales).

Los desarrollos en el Metodismo contemporáneo

97. En algunas partes del metodismo que históricamente no han tenido obispos, los responsables pastorales, tales como los presidentes de distrito, reciben a veces el título de «obispo». Algunas Iglesias metodistas han declarado formalmente que sus obispos deben tener una función de enseñanza, con la responsabilidad de «guardar, transmitir, enseñar y proclamar, colegial e individualmente, la fe apostólica tal como ella es expresada en la Escritura y la tradición y según la cual son conducidos por el Espíritu y reciben de él el don de interpretar esta fe evangélica y proféticamente».⁸⁸

98. Con su origen en la Conferencia metodista ecuménica de 1881, el Consejo Metodista mundial ha desarrollado vínculos estrechos y un papel doctrinal para la familia mundial de las Iglesias metodistas. Elabora estructuras de consulta, de enseñanza y de acción común para la misión. Su publicación reciente, *Elementos wesleyanos esenciales de la fe cristiana* (1996), y su papel en los diálogos ecuménicos han reforzado su función en estos campos. Igualmente, en cualquier parte en que se reúne la Conferencia de una Iglesia entera, se invita a representantes oiales de otras Iglesias metodistas. Además, se intercambian cartas oficiales y se desarrollan las relacio-

⁸⁸ *El libro de Disciplina de la Iglesia Metodista Unida* (1986) 414, 3.

nes entre las Conferencias. Se han formado asociaciones regionales de obispos de diferentes Iglesias metodistas para promover el testimonio común. Durante el siglo XIX los metodistas se han dividido en numerosas denominaciones distintas. El siglo XX ha visto una tendencia a la unidad por la fusión de diferentes Iglesias y por el estrechamiento de los vínculos de cooperación entre las Iglesias existentes. Por regla general, allí donde los metodistas se han convertido en miembros de Iglesias unidas, estas Iglesias se han hecho miembros del Consejo metodista mundial, y su compromiso por la unidad cristiana ha sido una contribución significativa al metodismo mundial. Dado el crecimiento del metodismo en Asia, África y América latina, sus Iglesias son cada vez más diversas y al mismo tiempo, sin embargo, más unificadas.

II. LA CONCEPCIÓN Y LA PRÁCTICA CATÓLICAS

99. La Iglesia católica es una comunión de Iglesias latinas y orientales, en cada una de las cuales la Iglesia de Cristo está verdaderamente presente⁸⁹. La comunión invisible con Cristo es vivida en la comunión visible de la Iglesia en el amor y la verdad. La Iglesia está unida de una manera que enriquece y que trasciende la diversidad geográfica y cultural. Está en comunión viva con la Iglesia del pasado, sin dejar de mirar hacia la Iglesia del futuro. Su comunión en el tiempo se remonta a los Apóstoles (cf. Ap 21, 14), que siguen siendo los fundamentos de la Iglesia en su vida y su misión, y que siguen guiándola actualmente. Cristo mismo conduce la Iglesia por medio de Pedro y los demás apóstoles y de los que comparten y continúan su ministerio hoy, el papa y el resto del colegio de los obispos.

100. La unidad católica implica tener en común todas las doctrinas de la Iglesia. Hay lugar, en esta unidad católica, para una diversidad de puntos de vista y de expresiones teológicas, una pluralidad de ritos litúrgicos y de disciplina canónica. Permite el debate y la discusión, pero no la desunión en materia de fe. Ha habido tiempos en la historia de la Iglesia católica en que la tensión entre la unidad en la ver-

⁸⁹ Cf. Concilio Vaticano II, *Lumen Gentium*, 26.

dad y la diversidad de las perspectivas no era siempre sana y armónica.

Los obispos

101. Entre los diversos ministerios y carismas que actúan en la Iglesia desde los tiempos más antiguos, el servicio primordial es desde el principio el del obispo. Los católicos conciben el colegio de los obispos como continuación de la solitud de los Apóstoles para todas las Iglesias. Los obispos, asistidos por los presbíteros y los diáconos están llamados a conducir hacia la santidad, manteniendo la unidad de la Iglesia con Cristo por la palabra y el sacramento. El Concilio Vaticano II ha enseñado que la plenitud del sacramento del orden es dado en el episcopado mediante la ordenación. En el corazón del ministerio del obispo está el servicio pastoral de la unidad de la Iglesia en el amor y la verdad. Con el fin de ser instrumentos eficaces de este servicio, los obispos deben tener la autoridad indispensable para asegurar la unidad que es tan esencial para la vida y la misión de la Iglesia.

102. La unidad en el amor y la unidad en la verdad no van la una sin la otra, y es lo mismo con la dirección pastoral y la autoridad doctrinal, centradas las dos ante todo en la celebración de la eucaristía. Las comunidades apostólicas necesitan personas que proclamen el Evangelio con autoridad, bajo la autoridad del mismo Cristo. Hay «una interdependencia en la comunión entre el instinto espiritual de todo el cuerpo de los fieles y de aquellos que tienen el poder de plantear actos normativos de discernimiento de lo que es o no fiel a la tradición cristiana»⁹⁰. Este es el papel doctrinal específico de los obispos en la Iglesia: «El oficio de interpretar auténticamente la palabra de Dios oral o escrita, ha sido encomendado sólo al Magisterio vivo de la Iglesia, el cual lo ejerce en nombre de Jesucristo»⁹¹.

103. La función doctrinal (*magisterium*) de la Iglesia no está por encima de la Palabra de Dios sino que la sirve, ense-

⁹⁰ *La Palabra de vida*, 58; cf. 86.

⁹¹ Concilio Vaticano II, *Dei Verbum*, 10.

ñando sólo lo que ha sido recibido. Como maestros, los obispos deben en primer lugar escuchar la Palabra, después meditarla en su corazón con temor ante el misterio de la revelación divina y a continuación exponerla con fidelidad⁹².

104. Los obispos son miembros del pueblo fiel encargados de un servicio especial en el nombre de Cristo. La Iglesia es una comunidad bajo la autoridad de Cristo resucitado. Es Cristo el que es el jefe de la Iglesia, ejerciendo una *episcopé* invisible sobre su fe y su vida, su culto y su misión (cf. 1 Pe 2, 25).

105. Los obispos comprenden que la dirección invisible de Cristo como pastor y maestro es ejercida de múltiples maneras y especialmente por el colegio de los obispos. Los obispos son signos e instrumentos de Cristo en cuanto cabeza y pastor de su Iglesia, y participan así de la autoridad por la que Cristo mismo edifica, instruye y santifica su Cuerpo. Esta comprensión del ministerio de los obispos es esencial para una presentación católica de su autoridad doctrinal, ejercida en el nombre de Cristo, pero siempre como servicio de la comunión de las Iglesias en el amor y la verdad.

106. La proclamación del Evangelio es el primero de los deberes del obispo⁹³. Los obispos son heraldos de la fe y maestros que participan de la autoridad de Cristo. Cristo mismo quiere trabajar por ellos para preservar la Iglesia indefectiblemente en la verdad. Un obispo dispone de numerosas maneras para enseñar con autoridad; mediante cartas pastorales a su diócesis; en reuniones diocesanas; implicándose en asambleas y comisiones nacionales e internacionales; mediante homilías en su catedral o en las parroquias; celebrando la eucaristía que es la fuente de la «santa comunión» de las Iglesias en Cristo. El obispo enseña a la Iglesia local y, con sus hermanos obispos, a la Iglesia universal. Anuncia con autoridad una fe que ha sido ya vivida en la Iglesia que él sirve. Con amor escucha y habla a la Iglesia que es guiada por el Espíritu de verdad. La enseñanza de cada obispo no está por sí misma garantizada contra todo error por el Espíritu Santo; ha habido y pudo haber obispos cuya enseñanza y vida

⁹² Cf. *Dei Verbum*, 10.

⁹³ Cf. Concilio Vaticano II, *Lumen Gentium*, 25.

son contrarias al Evangelio que les ha sido confiado. La enseñanza de un obispo es siempre más fructífera cuando dice la verdad en el amor, dando testimonio de esta verdad no sólo con sus palabras sino también con una vida de santidad.

107. La autoridad de un obispo como primer pastor y maestro de una diócesis es territorial y personal. Su autoridad territorial se extiende en la diócesis a todos los bautizados. Su autoridad personal implica una atención particular a los presbíteros y diáconos, especialmente a aquellos de su clero diocesano, así como a las comunidades religiosas presentes en la diócesis. En los dos casos, el ejercicio de la responsabilidad episcopal requiere frecuentes consultas a los presbíteros y a los fieles. Cada diócesis tiene el deber de crear estas estructuras de consulta. Por una parte, los presbíteros y diáconos autorizados por un obispo participan en el ministerio litúrgico, doctrinal y pastoral y los presbíteros deben ser consultados por medio del consejo presbiteral. Por otra parte, los laicos colaboran también con los obispos y los presbíteros en el ejercicio del ministerio litúrgico, doctrinal, y pastoral, y se les consulta de muchos modos, especialmente en los consejos parroquiales o pastorales y los sínodos diocesanos. Los laicos tienen responsabilidades específicas en la catequesis, la educación y la comunicación, en el diálogo ecuménico e interreligioso, y en la irradiación misionera de la Iglesia. De esta manera y de muchas otras contribuyen al ministerio de enseñanza de la Iglesia.

108. Por su naturaleza misma como servicio de la comunión de la Iglesia, el ministerio del obispo sólo puede ser ejercido en comunión con sus colegas en el episcopado. El obispo sólo puede enseñar y dirigir con autoridad si está en comunión de espíritu y de corazón con los obispos del mundo entero y de todos los tiempos. La unidad católica de los obispos con la fe de la Iglesia desde los Apóstoles, recibe nuevos miembros mediante la oración y la imposición de manos. Una manera de indicar esto es que ordinariamente se requiere la participación de al menos tres obispos para la ordenación de otro obispo. La unidad católica de los obispos con la Iglesia universal hoy es expresada y servida por su comunión viva con el obispo de Roma. Unidos a él, los obispos juntos son la autoridad suprema en la Iglesia. Su servicio doctrinal normativo es ejercido sobre todo en un concilio ecuménico. Pueden

también enseñar en otros encuentros (p. e., el sínodo de obispos, las conferencias episcopales y los sínodos de Iglesias católicas orientales), y cada uno enseña en su diócesis.

109. Cuando los obispos ejercen su suprema autoridad doctrinal, el Espíritu Santo guía y protege su discernimiento y su anuncio de la verdad del Evangelio. Los sucesores de los Apóstoles han recibido del Señor el don espiritual de proclamar con autoridad la verdadera fe. Es un don (carisma) del Señor y como todos los *carismata* (cf. 1 Cor 12-13) debe ser ejercido en el amor. El carisma seguro de verdad es dado a todos los obispos en la sucesión apostólica, no para revelar doctrinas nuevas sino para asegurar la fidelidad de la Iglesia a la palabra de Dios.

110. En un concilio ecuménico, los obispos, en comunión con el obispo de Roma, pueden definir solemnemente una doctrina en materia de fe o de costumbres. Los católicos creen que en esto los obispos son preservados de todo error por el Espíritu Santo, de manera que «todo el rebaño de Cristo se mantiene y progresa en la unidad de la fe»⁹⁴. Esta preservación del error es lo que se entiende por «infalibilidad» de su proclamación doctrinal. En las definiciones doctrinales la verdad de fe es infalible, pero esto no quiere decir que el modo en que estas definiciones son formuladas, promulgadas o presentadas, no pueda ser mejorado. En una tradición viva, hay siempre lugar para otras reflexiones teológicas y exploraciones doctrinales. Esto forma parte del proceso de recepción de la enseñanza y de su apropiación en la vida de fe de la comunidad. Una doctrina sólo puede ser definida si está en armonía con las demás doctrinas. Estas declaraciones no se añaden a la verdad del Evangelio, sino que sirven para clarificar la comprensión que de ella tiene la Iglesia progresivamente, y ayuda a discernir lo que está o no en conformidad con la tradición apostólica. Las definiciones doctrinales pretenden aclarar y hacer seguro el camino de la fe. Los obispos enseñan también la verdad del Evangelio infaliblemente cuando, aun dispersos por el mundo, pero manteniendo su comunión entre ellos y con el obispo de Roma, son unánimes en su ense-

⁹⁴ *Lumen Gentium*, 25.

ñanza normativa de una materia de fe que hay que mantener definitivamente.

El obispo de Roma

111. Como cada Iglesia local (diócesis) encuentra su unidad en el amor y en la verdad, así las Iglesias locales en el mundo están unidas en la comunión de la Iglesia universal⁹⁵. La Iglesia local de Roma tiene una primacía de amor entre las Iglesias, y su obispo es la cabeza visible del colegio de obispos.

112. Los católicos encuentran un fundamento bíblico a este servicio de la primacía del obispo de Roma en las palabras de Jesús a Simón-Pedro: «Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia» (Mt 16, 18), leídas a la luz de las últimas instrucciones a Pedro, «apacienta mis corderos... apacienta mis ovejas... sígueme» (Jn 21, 15, 17, 22). La extensión de la primacía petrina a la primacía romana reposa sobre el mandato de Pedro de fortalecer a sus hermanos (cf. Lc 22, 32). Los católicos reconocen que la posición especial y el papel de la Iglesia local de Roma, así como el ministerio distintivo de su obispo, se han desarrollado gradualmente en la Iglesia antigua, y que la práctica continúa evolucionando. La Comisión mixta se ha dedicado a profundizar en este punto en su relación *Hacia una declaración común de la Iglesia*⁹⁶.

113. El ministerio del papa con relación a todos sus hermanos obispos y sus Iglesias es un servicio pastoral de la unidad de la Iglesia universal en el amor y la verdad. Es «el primer servidor de la unidad»⁹⁷. Para que este ministerio pueda ser eficaz, la jurisdicción del obispo de Roma es «universal», «ordinaria» e «inmediata». Su autoridad primacial es «universal» porque está al servicio de la comunión de todas las Iglesias. Es «ordinaria» en cuanto le pertenece en virtud de su cargo y no en tanto que delegada por otras. Es «inmediata» con el fin de permitirle, cuando es necesario para el bien de la Iglesia universal, y en fidelidad al Evangelio, actuar en todas partes con el fin de preservar la unidad de la Iglesia en

⁹⁵ *Lumen Gentium*, 18.

⁹⁶ *Hacia una Declaración común de la Iglesia* (1986), 39-73.

⁹⁷ Juan Pablo II, *Ut unum sint*, 94; cf. 88.

la verdad y el amor. Esta autoridad es verdaderamente episcopal. Obispo entre los demás obispos, con un ministerio de presidencia entre ellos y para ellos, el papa sirve a la unidad de los obispos con el fin de que a su vez ellos puedan servir a la unidad de sus Iglesias. Sirve en el seno del Colegio episcopal como siervo de los siervos de Dios. El Concilio Vaticano I y el Papa Pío IX confirmaron que la primacía del Romano Pontífice no está ahí para debilitar a los obispos, sino para sostenerlos en sus ministerios de vicarios de Cristo⁹⁸.

114. Esta primacía universal del papa es una primacía de amor, y su autoridad doctrinal es una dimensión central de esta primacía. La Iglesia universal sólo puede permanecer unida en el amor si está unida en la fe. Al servicio de la catolicidad y de la apostolicidad de la fe de la Iglesia, y de la responsabilidad colegial de los obispos para el discernimiento y el anuncio auténtico de esta fe, es dado al papa, cuando es necesario, el carisma de proclamar infaliblemente la verdadera doctrina. Cuando promulga así una definición, juzga no como persona privada sino como cabeza del colegio de obispos y primer pastor y doctor de la Iglesia, en quien el carisma de infalibilidad de la Iglesia misma está individualmente presente⁹⁹.

115. Los católicos creen que el papel de san Pedro de servir a la unidad de la comunidad de fe «debe continuar en la Iglesia de manera que bajo su única cabeza, que es Jesucristo, pueda ser visible en el mundo la comunión de todos sus discípulos»¹⁰⁰. A causa de este ministerio especial en el seno de la Iglesia católica, el obispo de Roma tiene igualmente el deber particular de promover la unidad de todos los cristianos en la fe y el amor.

116. Decir que los obispos en unión con el papa enseñan y pastorean en nombre de Cristo no es pretender que todo lo que digan y hagan está revestido de la autoridad divina. Como Pedro y los otros apóstoles, el obispo de Roma y sus colegas en el episcopado tienen conciencia de su debilidad

⁹⁸ Cf. Concilio Vaticano I, *Pastor aeternus*; Concilio Vaticano II, *Lumen Gentium*, 27.

⁹⁹ Cf. *Lumen Gentium*, 25.

¹⁰⁰ Juan Pablo II, *Ut unum sint*, 97.

humana y de tener siempre de modo especial necesidad de transformación del corazón y de la vida. El ejercicio fiel de su ministerio en la Iglesia deriva de la gracia y depende totalmente de la gracia, así como la Iglesia entera está «fundada sobre el infinito poder de la gracia»¹⁰¹.

CONCLUSIÓN

117. Los metodistas y los católicos tienen confianza en la presencia y la gracia jamás desmentidas del Espíritu Santo para guardarlos en la fidelidad y proteger la verdad del Evangelio que predicán y enseñan. La Iglesia católica reconoce esta presencia del Espíritu especialmente en el carisma de verdad y de fe inalterables dado a los obispos en la Iglesia. El ejercicio del ministerio de enseñanza en los obispos adquiere numerosas formas e incluye el ministerio especial del obispo de Roma en la proclamación de la fe de todos los obispos y de toda la Iglesia. Los metodistas reconocen la guía del Espíritu Santo en las Conferencias metodistas aunque no les atribuyen una exención de todo error. Aceptan su enseñanza como provista de autoridad cuando se muestra claramente de acuerdo con las Escrituras. La Conferencia es la autoridad última para la interpretación de la doctrina.

118. Los católicos y los metodistas reconocen que es la Iglesia entera la que permanece en la verdad en razón de la presencia del Espíritu Santo en la comunidad de los creyentes. Unos y otros reconocen la presencia en todos los creyentes de un don de reconocimiento, de discernimiento y de respuesta a la verdad del Evangelio, y por tanto que representan un papel en la formulación y la interpretación de la fe de la Iglesia. Más fundamentalmente los metodistas y los católicos creen que es el Espíritu el que preserva en la Iglesia la verdad del Evangelio proclamado por Cristo y los Apóstoles, aunque no estén totalmente de acuerdo sobre lo que constituye lo esencial del Evangelio.

119. La fe común de los fieles de Cristo debe ser tomada en consideración por aquellos que enseñan con autoridad en la Iglesia. Su ministerio no puede ser ejercido nunca al mar-

¹⁰¹ *Ut unum sint*, 91.

gen de la fe de toda la Iglesia. No obstante metodistas y católicos difieren en las maneras en que se practica esta colaboración. Por una y otra parte, se admite el papel del laicado en el desarrollo de la fe vivida, predicada, enseñada y meditada. En el metodismo los laicos participan como miembros de la Conferencia en la determinación normativa del contenido preciso de la fe de la Iglesia. La Iglesia católica, por su parte, mantiene que la determinación normativa del contenido preciso de la fe de la Iglesia es propiamente el ministerio de los obispos. Las razones por las que los metodistas y los católicos interpretan de modo diferente los papeles del laicado y de los ministros ordenados en lo que concierne a la enseñanza normativa son tema para nuevas investigaciones¹⁰².

120. Una razón de esta variación en la práctica es la diferente interpretación del efecto del rito de la ordenación, vinculada a la comprensión católica de la sacramentalidad de este rito. Existe además otra diferencia fundamental, relativa a la comprensión del grado de fiabilidad garantizada que se puede conceder a un instrumento humano que ejerce un ministerio doctrinal en la Iglesia, aun teniendo en cuenta la presencia permanente del Espíritu Santo. La relación entre la ordenación, la autoridad doctrinal y la asistencia asegurada del Espíritu Santo sigue siendo materia de discusión entre metodistas y católicos¹⁰³.

121. Pero es cierto que este informe reconoce diferencias evidentes en la estructura ministerial de la autoridad doctrinal y en la interpretación teológica de la fiabilidad de estas estructuras ministeriales, permanece una fe común fundamental en la presencia del Espíritu Santo y en la utilización por el Espíritu Santo de instancias legítimas de ejercicio de la autoridad doctrinal para asegurar la verdad del Evangelio que es creído por los metodistas y los católicos. Además el diferente lenguaje utilizado para describir la experiencia de la enseñanza normativa no niega el hecho de que por ambas partes, se depende en la práctica de la dirección segura del Espíritu Santo para este ministerio de enseñanza normativo. La experiencia de metodistas y católicos y su confianza en sus interpretaciones respectivas de la fe apostólica indican que

¹⁰² Véase *supra*, párrafos 78 y 79.

¹⁰³ Véase *supra*, párrafo 68.

estas perspectivas están quizá mucho más próximas de lo que las hace aparecer a veces la diferencia de lenguaje.

122. Al buscar avanzar juntos hacia la unidad plena en el amor y la verdad, los metodistas y los católicos se comprometen aquí y ahora «a decir la verdad en el amor» unos a otros y a todos los pueblos del mundo.

PARTICIPANTES EN EL DIÁLOGO

Católicos:

MONS. MICHAEL PUTNEY
obispo de Townsville, Australia (copresidente),

MONS. TIMOTHY GALLIGAN,
Ciudad del Vaticano (cosecretario),

MONS. ALEXANDRE BRUNETT,
arzobispo de Seattle, WA, Estados Unidos

HERMANA MARY CHARLES MURRAY,
Oxford, Inglaterra

CANÓNIGO MICHAEL EVANS,
Tunbridge Wells, Inglaterra,

PROF. FRANCIS FROST,
Ars, Francia

PROF. GEORGES TAVARD,
Boston, MA, Estados Unidos

MONS. PETER TURKSON
arzobispo de Cape Coast, Ghana.

Metodistas:

PROF. GEOFFREY WAINWRIGHT,
*Duke University Durham, NC,
Estados Unidos (copresidente),*

RVDO. DR. JOE HALE,
*Consejo metodista mundial
Lake Junaluska, NC,*

Estados Unidos (cosecretario),

OBISPO DANIEL C. ARICHEA JR.,
Baguio City, Filipinas,

OBISPO MVURME DANDALA,
Braamfontein, Africa del Sur

DR. SCOTT J. JONES,
Southern Methodist University
Dallas, TX, Estados Unidos

MME GILLIAN KINGSTON
Dublin, Irlanda

OBISPO RICHARD C. LOONEY,
Macon, GA, Estados Unidos

RVDO. DR. JOHN NEWTON,
Bristol, Inglaterra

